UN TRAZO DE LUZ

A. THORKENT



BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Datos del libro

Autor: Thorkent, A.

Colección: La conquista del espacio, 67
ISBN: 9780000000002
Generado con: QualityEbook v0.60

CAPÍTULO PRIMERO

LA pantalla visora reflejaba el paisaje que empezaba a parecerle monótono a César Arranz. Enormes rocas que surgían de la arena gris, elevando sus agudos picachos hacia el cielo, erán cada vez más numerosas y grandes. Todo el horizonte parecía estar cubierto de ellas. César empezó a temer que llegarían a un punto donde el «ST-150» no podría seguir avanzando. Así se lo hizo saber a su invitado a bordo, el comodoro Ramsey, quien replicó, ceceante, escupiendo sus palabras entre la pipa que sostenía apagada entre dientes:

—Nos detendremos dentro de veinte kilómetros, capitán. No llegará usted a ver las enormes montañas que empiezan a extenderse más allá de ese punto. Aquéllas sí que causan respeto, sólo verlas.

El capitán echó una mirada al termómetro que registraba la temperatura exterior. Cuarenta y cinco grados a la sombra. Por un momento pensó cuán desagradable sería el viaje por aquel desierto, metido dentro de una mole de acero de ciento cincuenta toneladas, sin disfrutar del aire acondicionado. Los veinte grados del interior les permitían viajar con las compuertas cerradas.

—Si avanzamos veinte kilómetros más, tardaremos en regresar a Campamento cerca de seis horas porque no podemos pasar de los ochenta kilómetros por hora en este terreno —recordó a Ramsey—. Y la verdad es que no me gustaría sufrir una avería en el aire acondicionado.

Ramsey ensayó una sonrisa bajo sus bigotes teñidos por la nicotina.

—Todo pudiera ocurrir, es cierto, pero no pensemos en ello.

César miró de soslayo al comodoro, segundo jefe de la colonia.

Desde el primer momento no había simpatizado con él. La verdad era que, desde su llegada a Centauro III, las cosas no le habían ido muy bien. No cogió con agrado la orden de ir a tan lejano lugar, a causa de unos motivos que no comprendía del todo. Y para colmo, la doctora que se encargó de vacunar a sus hombres resultó ser Lucía, la persona a quien menos podía esperar encontrar en aquel planeta.

Había resultado una gran sorpresa. Casi dos años sin tener noticias de su ex esposa. Ni por remota posibilidad podía haber imaginado que ella había sido elegida para ir a Centauro III. En realidad, era una suerte para Lucía, puesto que allí estaría a salvo Las últimas noticias que había tenido de ella eran que trabajaba en un hospital del norte de África, semanas después del fallido intento chino de crear en el continente negro una cabeza de puente que les permitiera saltar sobre Europa para formar un segundo frente continental, que hubiera hecho dificilísima la situación para los aliados.

Lo que remordía a Arranz era que Lucía le había sorprendido en uno de sus momentos de ira incontrolada, cuando le conducían junto con sus hombres al hospital de campaña para ser vacunados. Le estaba diciendo cuatro verdades a un sanitario cuando Lucía se presentó de súbito y, muy serena, le recordó que allí debía comportarse como un oficial y no como un vulgar legionario tanquista raso.

No había podido borrar aún de su mente las palabras que ella le dirigió, cuando se marchaba: —Veo que sigues siendo el mismo grosero de siempre, cariño.

No fueron pronunciadas estas palabras con acritud, sino como las que suele emitir una madre, al reprimir una leve travesura de su hijo. Incluso su voz exhaló una gran cantidad de ternura, lo que contribuyó a exasperarle más todavía.

César se sintió en aquel momento blanco de las miradas de sus hombres, y salió como una tromba del hospital, tan pronto como terminó de recibir la última vacuna. En el exterior le esperaba el comodoro Ramsey.

Tal vez Ramsey no le hubiera resultado tan antipático, de no haber tenido aquel desagradable encuentro con Lucía. Sus nervios estaban fuera de control, y su subconsciente, predispuesto

escasamente a entablar amistad, incluso con el más cordial de los mortales.

—Arena, sólo arena y rocas —masculló César, cansado de observar la pantalla—. Creo que todo ha sido una falsa alarma, comodoro Ramsey. Usted se ha traído el temor a los chinos de la Tierra, y seguro que todos los días se come algunos junto con la sopa.

—Seis hombres muertos no es una alucinación, capitán. Y todos estaban acribillados por balas chinas —respondió Ramsey, muy tranquilo.

—Parecen ustedes estar muy seguros de que fueron asesinados con balas chinas.

—Ahora ha dicho una gran verdad: fueron asesinados. Los seis hombres salieron de exploración. Nuestra cercanía con el desierto entraña aún cierto peligro, relacionado con la fauna de este planeta, no conocido totalmente. Frecuentemente enviamos grupos para estar alertados. Nuestra escasez de armas es notoria. Sólo uno de los seis hombres llevaba un rifle… que por cierto no tuvo tiempo de usar para defenderse —Ramsey entornó los ojos y mordió con fuerza su vieja pipa—. Nunca pudieron pensar que algo o alguien pudiera resultarles peligroso, como no fuese una alimaña aún no clasificada. Por estos motivos, fueron una presa increíblemente sencilla para los chinos.

—Demonios, comodoro. Suponer ni remotamente que haya chinos en Centauro III es como creer en los Reyes Magos. Usted sabe mejor que yo por qué lo digo. Comprenda que es difícil compartir sus temores.

—Pues le aconsejo que vaya pensando en el seis de enero, capitán… si es que tenemos ocasión de disfrutar de él otra vez. Fueron sus mismas palabras las que dijeron los del Alto Estado Mayor Aliado cuando regresé a la Tierra para presentar el informe personalmente. Casi estuvieron a punto de enviarme a un manicomio. Pero pude convencerles, con la ayuda de unos técnicos que apoyaron ciertas teorías del doctor Schmith, gracias a las cuales existen ciertas posibilidades para que el hecho de ir a Centauro resulte a los chinos un juego de niños. ¿Piensa que si el AEMA no hubiera creído mis palabras, usted y sus hombres estarían aquí, que hubieran autorizado el despilfarro que supone enviar a Punto Dos

un trasto de acero de ciento cincuenta toneladas?

El que Ramsey hubiera llamado trasto a su «ST-150» resultó para César igual que un puntapié en el estómago. Se contuvo de contestar con un exabrupto con dificultad. Para terminar de contener sus deseos de mandarlo al infierno, tomó el micrófono y preguntó a los vigías:

—¿Alguna novedad?

Una voz destemplada le contestó:

—Las arenas siguen siendo grises y las rocas afiladas, señor.

César sonrió. Conocía a Jorge Cienfuegos, el radarista, perfectamente, después de dos años de tenerlo a su servicio. Su mal humor era enorme cuando la acción bélica brillaba por su ausencia.

—Dentro de cinco minutos daremos la vuelta, comodoro. Espero que el AEMA considere mi solicitud de regreso inmediato a la Tierra.

—Le ruego que ordene que circunvalemos esos montes que tenemos a la izquierda, capitán.

—Con sumo gusto le complaceré… por última vez, comodoro.

César dio las órdenes oportunas, y la enorme masa de acero, movida por potentes orugas, tomó la dirección solicitada por Ramsey. El «ST-150» rompía, en su demoledora marcha, cuantas rocas pequeñas caían bajo las enormes cadenas que hacían el milagro de moverlo como un deportivo de lujo, con una ligereza y maniobrabilidad sorprendente para su peso y tamaño. Resultaba verdaderamente impresionante la artillería que dejaba entrever entre su grueso blindaje, y tal vez más impresionaría aún a quien tuviera la desgracia de soportar el fuego destructor de sus ocultos medios de ataque. Era una auténtica fortaleza rodante, el más perfeccionado ingenio salido de las fábricas aliadas, el milagro de la técnica bélica que había hecho posible contener el avance chino poco más allá de los Urales, cuando la marea china se había extendido, incontenible, por toda Siberia, y parecía que inexorablemente absorbería la vieja Europa.

César y sus hombres habían bautizado a su «ST-150» con el nombre de Vieja Lola. La querían y mimaban como a una madre. Llevaban con ella más de un año, lo que significaba establecer un récord de supervivencia con un supertanque. Ninguno había durado tanto tiempo en el frente. Sólo en una ocasión la Vieja Lola sufrió

averías de consideración en una de sus orugas. Pero, por suerte, pudo evitarse que fuera llevada al desguazadero. Se reparó y, cuando estaban a punto de regresar al frente, César recibió la extraña orden de presentarse en el enclave secreto donde el Alto Estado Mayor Aliado dirigía la guerra mundial en la que medio mundo combatía contra el otro medio a muerte, sin cuartel, conscientes ambos bandos de que cualquiera que resultase vencido desaparecía de la Tierra hasta el último de sus miembros. Ya no existía posible solución. Todo el odio engendrado durante las últimas décadas había sido liberado, y sólo la sangre podría ahogarlo definitivamente o, al menos, por un largo período de tiempo.

Por supuesto que César desconocía lo que verdaderamente significaba el Proyecto Aurora. Sólo de oídas sabía algo. Los rumores le habían informado que los gobiernos aliados eran conscientes de que existían pocas probabilidades de que la Humanidad saliese de la guerra con suficientes energías para poderse restañar sus profundas heridas. Habían decidido, por ende, enviar fuera de la Tierra a cuantas personas pudieran.

Descartados los planetas del Sistema Solar, por inhabitables, como ya lo habían demostrado las anteriores expediciones rusoamericanas, hacía algún tiempo que habían pensado en las estrellas más cercanas. De todas ellas, Alfa Centauro poseía un planeta que parecía ofrecer idénticas condiciones que la Tierra. La única dificultad radicaba —y su importancia hacía que todos dudaran de los rumores— en la distancia de cuatro años luz que la separaban de la Tierra. A César Arranz no tuvieron más remedio que explicarle los oficiales del AEMA parte del secreto. Luego, él, por sus propios ojos, comprendió el resto.

Mientras los pensamientos discurrían alocadamente por la mente de Arranz, el supertanque lo hacía con toda seguridad sobre aquel desierto gris, brusco contraste del vergel que doscientos kilómetros atrás dejaran, y en donde los colonos estaban desarrollando su comunidad, haciendo crecer, por segundos, mientras recibían nuevos envíos de la Tierra, más hombres y mujeres capaces de crear en Centauro III una nueva nación, en la que las guerras serían un estado desconocido para sus componentes.

César frunció el ceño, al pensar en lo que le dijo un oficial del

AEMA, cuando salió de la Tierra. No le había dado la menor importancia hasta que había llegado a Campamento, y encontró allí a Lucía.

Todas las personas que eran enviadas a Centauro III eran jóvenes en su mayoría. Sólo algunos técnicos, médicos y científicos pasaban de los cincuenta, pero estaban con sus mujeres e hijos. Las demás parejas habían contraído matrimonio en la Tierra. Los solteros que por sus cualidades habían sido elegidos para el Proyecto Aurora, debían emparejarse en Centauro en un plazo no inferior a los seis meses a partir de su llegada. César se preguntaba si Lucía ya estaba casada o pensaba hacerla pronto.

Se sorprendió pensando tales cosas. Si no estuviera tan seguro de que lo de Lucía y él había terminado amistosamente, sin rencores, diría que estaba visiblemente celoso, ante la posibilidad de que ella amara a otra persona. Muchas veces, después de obtener el divorcio, meditó sobre esta cuestión, y se aseguró que su corazón no palpitaría más de prisa el día que la viera en brazos de otro hombre. Al fin y al cabo, ella era tan libre como él de hacer lo que mejor le conviniera.

La Vieja Lola había rebasado los montes señalados por el comodoro Ramsey. Se encontraban ahora en un terreno sorprendentemente llano. Parecía ser un cráter lunar, lleno de arena. Estaban rodeados de rocas. El circo debía tener aproximadamente un diámetro de cinco kilómetros. Al fondo parecía existir una salida natural, flanqueada por dos irregulares rocas. A izquierda y derecha de éstas, dos empinadas rampas daban paso al otro lado del cráter. El supertanque avanzó hasta situarse en el mismo centro del circo. César miró de soslayo a su acompañante. El comodoro contemplaba, extasiado, el paisaje que les ofrecía la pantalla visora.

—Maravilloso —exclamó Ramsey—. La arena parece alisada amorosamente. Ni una pequeña roca perturba su superficie.

Molesto, César dijo:

—Voy a ordenar el regreso.

—No, capitán. Deseo llegar hasta ese paso natural, aunque juraría que parece estar hecho por la mano del hombre.

—Tal vez lo hayan hecho sus célebres chinos, para que por allí salgan los dragones de papel con los que celebran el año nuevo

lunar.

—No lo tome a broma —respondió Ramsey, muy serio—. Yo ya sabía de este circo natural, gracias a las primeras fotografías aéreas que se tomaron de esta zona. Le juro que siempre ansié verlo. Incluso me atrevería a pedirle que me permitiera bajar, cuando lleguemos al otro lado.

César, cuando lo natural en su carácter hubiera sido soltar una maldición y enviar al infierno al comodoro, terminó por sonreír y ordenar al conductor que llevara a la Vieja Lola al otro lado del cráter. El «ST-150» se puso en movimiento y, pocos minutos después, estaban a menos de trescientos metros de los dos altos riscos que flanqueaban el paso hacia el exterior del circo, a través del cual podía verse cómo volvía a repetirse el feo paisaje que habían dejado atrás.

Centauro iniciaba su retirada crepuscular, y los rayos de la estrella surgían, cegadores, por detrás de la muralla de rocas que formaba el circo. César fijó su mirada, creyó ver algo extraño moverse sobre ellas, y gritó al conductor:

—¡Alto! Vigilancia extrema.

—¿Qué ocurre? —preguntó el comodoro, visiblemente extrañado.

César no respondió. Una serie de secos estampidos restallaron contra el blindaje del supertanque.

—Nos disparan. Es igual que si nos tirasen con piedras porque no están utilizando proyectiles rompedores. Por suerte, son de poco calibre. Ametralladoras portátiles... y chinas por descontado —terminó diciendo con un amargo tono de voz, como si le doliera tener que reconocer que el comodoro Ramsey tenía razón.

CAPÍTULO II

DURANTE unos segundos, sólo se escuchó el sordo repiquetear de los proyectiles estrellarse contra el grueso blindaje del supertanque. Incluso el sordo ruido de los motores atómicos que alimentaban la gran máquina de guerra pareció diluirse lentamente. César observó, de reojo, la intranquilidad reflejada en el rostro de Ramsey, y por un momento disfrutó del espectáculo. Su dotación, compuesta de quince tripulantes y veinte soldados de infantería, debían permanecer tranquilos, esperando las órdenes de su jefe, en quien confiaban ciegamente. Todos sabían que si disparaban contra el supertanque y no se respondía al fuego, la situación no era nada grave, y podría resolverse satisfactoriamente.

César acercó su mano derecha hasta los mandos de la pantalla, y movió lentamente un dial. La imagen de la pantalla se amplió, y pudo ver, como si los tuviera a poco más de veinte metros, a los soldados que disparaban contra ellos. Se hallaban en las cumbres de los dos riscos que flanqueaban el paso central. Parecían estar nerviosos, y se movían de un lado para otro, disparando sus armas automáticamente.

Dos ametralladoras pesadas escupían ráfagas de plomo, servidas por varios hombres sudorosos.

—Le felicito, comodoro; ahí tiene a sus célebres chinos.

—¿Es que no piensa hacer otra cosa, sino observar cómo nos están machacando? —dijo Ramsey, después de exhalar ruidosamente el aire que sus pulmones habíanse resistido de expulsar desde que comenzara el ataque.

—Creo que no son más de veinte. Y si ya han probado contra nosotros todas sus armas, pueden quedarse el resto de sus vidas disparando. Pero pienso que usted y yo no debemos permitirnos ese

lujo, ¿eh? La noche se nos echará encima dentro de poco.

César estaba transformado en otro hombre. La persona taciturna y hosca que hasta entonces había parecido ser, se había esfumado para dar paso a otro hombre completamente distinto, jovial y alegre, ante la perspectiva de entrar en acción.

—Puertas, Hidalgo, ya está bien, ¿no creen? —dijo, a través del micrófono—. Arrasen a esos simios amarillos. Pero me gustaría que alguno quedase con vida. Estoy seguro de que podría contarnos cosas interesantes, cuando volvamos a Campamento. Escucha, Cienfuegos, ¿has descubierto algún otro grupo?

—No, capitán. Pero intuyo que puedan haber más enemigos detrás de las rocas. No me extrañaría que se lanzasen al ataque, partiendo de las dos rampas.

—Bueno, eso no tendría la menor importancia. Grupo de ametralladoras, comiencen a disparar.

Apenas había terminado César de dar la orden de fuego cuando seis pares de bocas de fuego del supertanque empezaron a escupir su mensaje de muerte contra el enemigo. A través de la pantalla, como si se tratara de un filme de la televisión, César y Ramsey pudieron ver cómo los soldados vestidos de uniformes pardos recibían en sus cuerpos los potentes proyectiles, y empezaban a caer, uno detrás de otro.

A pesar de que el «ST-150» estaba completamente cerrado, todos sus tripulantes pudieron escuchar un aullido de guerra lanzado por una treintena de soldados que salieron de sus escondites, gracias a los micrófonos que registraban el sonido del exterior. Los chinos se lanzaron contra el supertanque, disparando sus armas.

César movió la cabeza, como si dudara de la integridad mental de aquellos hombres. ¿Acaso creían que podían vencer, de tal absurda forma, a un supertanque?

En las cumbres de las dos rocas no quedaba ya ningún chino, capaz de dispararles. Por el altavoz, la voz de Hidalgo preguntó a César:

—¿Las mismas instrucciones contra ésos también, señor?

El capitán sólo tardó unos segundos en responder:

—Por supuesto.

Nuevo tableteo de las ametralladoras y, poco después, las dos docenas de chinos yacían sobre la arena, a unos cien metros del

supertanque.

César esperó unos minutos. Movió los visores de su pantalla para asegurarse de que ningún signo de vida existía en el circo. Ya sabía que los vigías estaban haciendo lo mismo y con mayor eficacia que él, pero siempre le gustaba cerciorarse. Entonces, después de tomar un casco de acero y colocárselo, dijo a Ramsey:

—Voy a darle una satisfacción, comodoro —tomando el micrófono de órdenes, indicó—: Julio, baja a tomar mi puesto. Saldré al exterior con la sección de infantería.

—Sí, capitán —respondió la voz del teniente Julio Almenas—. Bajo en seguida. Tenga cuidado, señor.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Ramsey, viendo cómo el capitán se sujetaba al cinturón una pistola, y tomaba entre sus manos una metralleta.

—Inspeccionar los alrededores. Mis hombres buscarán algún chino que no esté muy malherido para llevárnoslo a Campamento. Puede venir, si lo desea. Estoy seguro de que no correrá peligro.

Salieron de la pequeña cabina. Cuando alcanzaron el exterior por babor, la veintena de infantes al mando del sargento Carvhalo ya lo habían hecho por la compuerta de popa, y rodeaban el supertanque. Al divisar a su jefe, Carvhalo se dirigió hacia él.

—Sargento, nos acercaremos primero hacia el grupo de estúpidos que corrieron hacia nosotros. Luego, iremos adonde tenían instaladas las dos ametralladoras pesadas.

Carvhalo partió de inmediato a cumplir las órdenes. Los soldados, con las armas dispuestas y vigilantes, se desplegaron según una táctica muy ensayada.

—Todavía ignoro en qué lugar de esta zona fueron atacados sus seis hombres, comodoro —dijo César, mirando desconfiadamente el horizonte rocoso del circo. No le gustaba aquel lugar. Si él hubiera comandado el grupo chino, habría actuado de otra forma muy diferente. El sitio era francamente bueno para poner a un supertanque en un aprieto. Dos cargas de explosivos hubiesen taponado las salidas, y el «ST-150» no podía ni soñar siquiera en escalar pronunciadas laderas. Aquello quería decir que los chinos se habían sorprendidos tanto al ver el supertanque en Centauro III como él al comprobar que Ramsey tenía razón.

Llegaron hasta el lugar donde, a mitad del camino entre el

supertanque y el paso, el grupo de asaltantes había caído. Carvhalo estaba arrodillado junto a unos cuerpos, se levantó y dijo:

—Ninguno de éstos está con vida, señor.

—Siempre dije que Puertas e Hidalgo tenían demasiada puntería. Veamos los otros. Que un par de hombres registren las ropas. Podemos encontrar algún indicio que nos diga qué demonios están haciendo aquí estos tipos, qué es lo que está pasando. Esto no parece un planeta de la estrella Centauro, sino el desierto de Gobi. Demasiados chinos —masculló César—. Aunque aquí un chino ya debería parecernos una multitud.

Mientras caminaban, Ramsey expuso:

—El grupo de exploración fue aniquilado unos kilómetros más al Norte, capitán.

—Eso quiere decir que todavía los chinos no quieren que nosotros sepamos que los tenemos por vecinos —asintió César—. Esta tropa puede significar una avanzadilla. Pero es obvio que debemos pensar que ellos conocían nuestra presencia en Centauro III. Tal vez aún no se encuentran en condiciones de atacar la colonia, o crean que somos más fuertes de lo que en realidad somos...

—¿Alguna otra posibilidad, capitán?

—Quizá han decidido esperar a que la Tierra termine de enviar todo el equipo que necesita la colonia, para luego poderlo utilizar en su provecho.

Ramsey se plantó con las manos en jarras, y su gesto obligó a César a detenerse, mirándole interrogante.

—Capitán, comprendo que usted aún no se ha detenido a meditar sobre los hechos. No comprende el alcance del peligro que supone para las esperanzas de supervivencia de la Tierra el que los chinos no solamente conozcan el Proyecto Aurora, sino que sean capaces de venir a este planeta, con la misma aparente facilidad con que nosotros lo hacemos.

César se encogió de hombros.

—Nadie se ha molestado en explicarme nada, comodoro. Sólo supe del Proyecto Aurora cuando me embarcaron en él. Y le juro que al principio poca fue la gracia que me hizo venir aquí. Mi sitio es el frente. Pensé que en este planeta sólo encontraría un buen montón de emboscados, quienes, como las ratas, huyen cuando el

barco hace agua.

Ramsey movió la cabeza apesadumbrado.

—Espero poder explicárselo todo, luego. Estoy seguro de que entonces no pensará como lo hace ahora. Si cree que todos los que estamos aquí nos sentimos contentos por haber salido de la Tierra, cuando de un momento a otro puede estallar en millones de pedazos, está equivocado. Quienes vivimos en Centauro, aunque no vistamos un uniforme como ustedes, nos sentimos soldados. Tal vez más orgullosos estemos de serIo que usted, porque formamos un ejército que busca la paz por medios pacíficos. Ansiamos vivir sensatamente. Odiamos la guerra, la intriga política y las ambiciones de los gobiernos, de todos los gobiernos, aliados o enemigos, que han provocado la inmolación de nuestro planeta patrio.

—La Tierra aún gira alrededor del Sol, comodoro —silabeó César—. No lo olvide.

El capitán estuvo a punto de estallar violentamente en una sarta de imprecaciones; pero optó por darle la espalda a Ramsey. En seguida se arrepintió de haber querido mostrarse amable con él. No había esperado del comodoro una reacción verbal tan cortante como la que había recibido. De acuerdo, pensó, luego en Campamento le obligaría a hablar, a que le explicara cuáles eran los intrincados motivos que le iban a obligar a retractarse de sus pensamientos respecto a todos los que habían huido de la Tierra, incluida Lucía. Sí, eso era lo que habían hecho todos los que componían la colonia: huir.

Carvhalo, tuvo que reconocerlo César, sabía hacer bien las cosas. Había mandado dos parejas de soldados a vigilar el otro lado del circo, mientras que él, con otros hombres, subía a las cumbres. Esperó unos minutos a que el sargento regresara con un chino herido.

—Hemos encontrado a éste con suficiente vida, capitán —dijo Carvhalo, señalando el cuerpo inconsciente del chino—. Tiene un solo balazo en la pierna derecha. Ha debido perder algo de sangre, y está desmayado. Le apliqué un torniquete, y creo que llegará vivo a Campamento, si lo cuidamos un poco durante el viaje —sonrió y añadió—: Si no es mudo, hablará. De eso me encargaré yo.

—De acuerdo. Reagrupe la sección y regresemos. ¿Encontró

algún documento de interés?

—Nada que a primero vista me haya parecido interesante. Cartas muy arrugadas, fetiches y restos de cigarrillos. No vi ningún oficial; pero ya conoce la costumbre del ejército chino de que sus jefes no lleven distintivos.

—Usted conoce el chino, y luego me leerá esas cartas sargento. Tal vez encontremos en ellas algo importante.

Mientras regresaban al supertanque, Ramsey opinó:

—Sé que perderíamos mucho tiempo, ¿pero no ha pensado que si enterramos los muertos sería mejor? .

—Me interesa que sus compañeros los descubran pronto. Eso nos dará algún tiempo de relativa tranquilidad. Pensarán, sin duda, que la colonia es más fuerte de lo que pensaron. Lo que necesito, cuando lleguemos a Campamento, es que sus médicos me pongan al prisionero en condiciones de hablar —y César pensó en Lucía.

CAPÍTULO III

EL doctor Helmuth Schmith presenció el regreso del supertanque a Campamento, desde la ventana de su despacho. Observó cómo se detenía delante de los cobertizos situados al otro lado de la plazoleta. Algunos grupos de colonos se acercaron a la enorme máquina, llenos de curiosidad. Toda la colonia sabía lo ocurrido en el desierto y, por supuesto, el motivo de la presencia en Centauro III del «ST-150».

Schmith era el máximo responsable de la colonia, y no había dudado un instante en comunicar a todo el mundo la presencia en el planeta de fuerzas chinas. No era partidario de falsear realidades, y también hubiera supuesto una tontería pretender ocultar la muerte de seis miembros —dos de ellos casados— al resto de los colonos. Además, si de algo estaba seguro sobre los hombres y mujeres que tenía bajo su mando, era de la cordura y equilibrio mental que disfrutaban. No podía temer conatos de pánico. Todos poseían una estabilidad emocional adecuadamente probada en la Tierra, antes de permitirles marchar a Centauro III.

Por el contrario, el comodoro Ramsey no había sido partidario de explicar la verdad a la colonia, de momento, sino más adelante, cuando estuviesen más seguros sobre la realidad del peligro que para ellos representaban los chinos en el planeta. Pero la incertidumbre era lo peor. Aún no sabían si sólo se trataba de una compañía armada con armas portátiles o, en cambo, ya había desembarcado una división completa, con sus dotaciones pesadas.

Schmitch arrugó el ceño. Forzosamente tenía que pensar en el desembarco del enemigo. Aquella cuestión ya le había producido fuertes dolores de cabeza.

Del supertanque ya habían salido todos los tripulantes y

soldados. Algunos de estos últimos montaron guardia sobre la torreta principal, detrás de una pesada ametralladora que instalaron en unos instantes. El capitán Arranz era un hombre precavido. Ahora avanzaba hacia el edificio administrativo, acompañado por el comodoro.

El director de la colonia observó que llegaba una ambulancia y frenaba bruscamente junto a la máquina de guerra. Los camilleros se hicieron cargo del prisionero herido. Ante la presencia del chino, los colonos parecieron agitarse nerviosamente. Ya no existía la menor duda entre ellos de la presencia de los hijos del Viejo Celeste Imperio en aquel lugar que todos habían creído que sería para ellos un remanso de paz, un olvido para la tragedia que asolaba al planeta patrio.

Schmith sacó un cigarrillo de su paquete racionado, y lo encendió. No podía gastar otro hasta después de la comida, si no quería desequilibrar su programa para poder fumarse cinco todos los días. El humo llegó hasta sus pulmones y, al exhalado, se sintió mejor. Volvió la espalda a la ventana, por la que se filtraban los últimos rayos crepusculares de la estrella Centauro. Se sentó detrás de su escritorio y su mirada bajó hasta los papeles que hasta entonces había estado estudiando. El informe taquigráfico emitido por Ramsey desde el supertanque, una vez que el capitán Arranz había ordenado el regreso, la contestación cifrada de la Tierra respecto a éste y las consideraciones que él creyó oportuno hacer constar, merecían su completa atención.

Llamaron a la puerta de su despacho y Schmith dijo:

—Adelante, señores.

El capitán Arranz entró, seguido del comodoro.

Schmith, después de los protocolarios saludos, les ofreció asientos y preguntó si deseaban tomar un whisky. Guardaba celosamente una botella para los momentos importantes y no había duda alguna de que aquél lo era. Después de llenar tres vasos cuidadosamente, dijo a Ramsey:

—Envié a la Tierra su informe, comodoro. Apenas hace unos minutos, recibí la repuesta. Casi todo el AEMA se reunió urgentemente para deliberar sobre la cuestión. Ya pueden imaginarse la conmoción que la noticia ha producido.

Después de beber medio whisky, César inquirió, receloso:

—¿Qué ha decidido el Alto Estado Mayor Aliado, director?

Schmith movió la cabeza dubitativamente.

—Ante una situación como esta, cualquier tipo de orden no puede sorprendernos lo más mínimo. No se extrañen si les digo que he procurado leer entre líneas las instrucciones del AEMA, y creo que todavía dudan de la presencia de los chinos en este planeta. La verdad, señores, es que yo también dudaría de tal cosa, si estuviera en la Tierra.

Arranz sonrió levemente.

—Confieso que yo pensaba... no sé qué exactamente; pero no creía en los temores de la colonia Es comprensible la postura del AEMA. Pero dejemos esto. Explíqueme, doctor Schmith, cuáles han sido las órdenes concretas de la Tierra.

El director aspiró hondo, después de dar la última chupada a su cigarrillo, cuya colilla arrojó a un rincón con cierto pesar y dijo:

—Usted, con su unidad de combate, capitán, quedará en Centauro III por tiempo indefinido. De momento, hasta que no sepamos con certeza a cuánto asciende el potencial enemigo, el AEMA no nos enviará más tropas y tanques. Parece que la situación en la Tierra es cada vez peor para nuestra causa. No desean ni pueden distraer hombres. Ni tampoco consumir energía radiante para enviarnos otra cosa que no sean equipos y suministros para la colonia. Es obvio advertirle, capitán, que usted y sus hombres quedarán bajo mi mando —sonrió Schmith, ante la mirada incrédula del capitán, y se apresuró a asegurarle—: Por supuesto que prácticamente eso sólo resultará en teoría, puesto que usted es el más indicado para estudiar la situación militar y actuar en consecuencia. Pero necesito, por supuesto, que me informe previamente de cualquier acción que decida llevar a la práctica.

Arranz suspiró, aliviado, y respondió: —Gracias, señor. Por un momento temí que...

—¿Que iba a recibir órdenes de un civil? No tema, capitán. Conozco perfectamente la psicología de los militares para atreverme a cometer tal desatino. Ahora pasemos a estudiar, una vez conocidas nuestras limitaciones, la situación. ¿Cuáles son sus sugerencias, capitán?

—Antes de toparnos con los chinos, el comodoro me insinuó que se habían tomado fotografías de una extensa área colindante con el

campamento. Eso me ha hecho pensar que ustedes poseen medios para volar, ¿no es cierto?

—Sí. Con los primeros envíos, recibimos, hace cerca de un año, un helicóptero capaz para tres personas —dijo el comodoro—. Está movido por gasolina. Tenemos poca, y desde entonces, cuando detallamos topográficamente la región, no lo hemos vuelto a utilizar.

—Deseo ir mañana, al amanecer, con uno de mis hombres a explorar la zona situada más allá del circo en donde nos encontramos con los chinos. Ustedes deberán facilitamos el piloto. Tal vez cerca de allí encontremos la base enemiga. De momento, no podemos hacer otra cosa. Tomaremos fotografías de la región, y confío en que los chinos no estén ocultos bajo tierra. Si ofrecemos al AEMA pruebas efectivas de su número y potencial bélico, suponiendo que sean demasiados para poderlos dominar con un solo supertanque, estoy seguro de que no dudarán en enviarnos toda la ayuda que necesitemos. ¿Qué le parece mi plan, director?

Schmith asintió.

—Lo apruebo, capitán. ¿Alguna otra cosa? Arranz sonrió abiertamente. Mirando al comodoro, dijo:

—Usted me prometió que me explicaría todo lo que yo necesito saber respecto al Proyecto Aurora. Creo que éste es el momento.

Ramsey tosió con embarazo, ante la mirada inquisitiva del director de la colonia.

—Cierto, doctor —asintió Ramsey—. Yo soy de la opinión que si el capitán va a quedarse con nosotros para solventar esta delicada situación, es justo que conozca ciertos pormenores relacionados con el Proyecto Aurora. Y digo esto porque él, ya que desconoce las complicaciones que entrañan los envíos a este planeta, no puede comprender nuestro estupor y temor, ante el hecho de la presencia china.

—Así es, doctor Schmith —apuntó César—. Cuando me ordenaron ir al cuartel secreto del AEMA, las instrucciones fueron precisas, pero sus orígenes muy vagos. Luego, nos enviaron a mis hombres y a mí en un cohete, junto con el supertanque, a la Luna. Allí, en una base, también secreta, situada en el lado oculto del satélite, nos durmieron y despertamos aquí. ¿Qué pasó? A nuestras preguntas, nadie quiso contestar. Aquella actitud cayó mal en mis

hombres y en mí. No sabíamos cuánto tiempo permanecimos inconscientes. No pudo haber sido mucho, por supuesto, ya que nuestras barbas apenas habían crecido. A no ser, desde luego, que nos hubiesen afeitado.

Schmith sonrió levemente. Preguntó: —¿y todo esto le extrañó?

—¿Cómo no iba a sorprenderme? Al principio, dudábamos que estuviéramos en Centauro, III. Pero luego tuvimos que aceptar la verdad. Sé que existe una distancia de cuatro años luz entre Alfa Centauro y la Tierra. Recuerdo que hace unos diez años, antes que comenzara la guerra, partió un navío rusoamericano hacia aquí. Nadie volvió a saber nada de él. Se dio por perdido. Oficialmente, nada se aseguró. Tal vez no se atrevieron a confirmarlo porque el viaje duraba alrededor de cinco años, pese a viajar a una velocidad aproximada a la de la luz. Y la única respuesta a su fracaso o éxito, al no existir conexión radial, sólo podían darla los mismos tripulantes, si lograban regresar algún día. Debieron haber regresado, ¿no es así? El simple hecho de que estemos aquí, así lo comprueba.

Schmith movió negativamente la cabeza.

—No regresaron jamás a la Tierra, capitán. De haber partido de aquí, significa que todavía están en el espacio, aunque a poca distancia de la Tierra. Los veinte tripulantes se encuentran entre nosotros, dirigiendo los grupos de colonos que estamos recibiendo, encomendándoles el trabajo —sonrió el doctor y añadió—: No se dio el nombre del jefe de la tripulación, pero modestamente puedo decirle que yo soy tal hombre, además de ser el autor de la planificación de todo el Proyecto Aurora.

César miró con sorpresa al germano.

—¿Quiere decir que usted comandó aquella expedición que casi todo el mundo dio por perdida? Los periódicos dejaron de hablar de ustedes en seguida.

—Los gobiernos aliados que desarrollaron el proyecto así lo acordaron. Hicieron circular rumores de que la expedición había resultado un fracaso. Interesaba que todo el mundo así lo creyera, incluso los chinos.

—La verdad es que cada vez entiendo menos —dijo César.

—Tal vez tenga razón. Será mejor empezar por el principio, capitán. ¿Recuerda cuando el mundo empezó a comprender lo que

significaba el peligro amarillo?

—Sí. Por entonces, yo iba a la Universidad, y existía guerra en Indochina, Oriente Medio y otros puntos del planeta. Los chinos empezaban a hostigar a los rusos, a lo largo de la frontera con Siberia.

—Eso es. Primero secretamente y luego de forma oficial, Estados Unidos, Rusia y Alemania se unieron para atajar las ambiciones chinas. Los primeros sabían que después que China absorbiera al coloso ruso seguiría toda Europa, y no tardarían mucho en verse ellos aislados de todo el mundo, solos para combatir el peligro. Pero aún transcurrieron dos décadas hasta que China decidió que era el momento de atacar a Rusia, mientras que sus aliados de toda la antigua colonia francesa de Indochina rebasaban las fronteras indias. La guerra empezó con medios convencionales, y aún sigue así después de ocho años de lucha ininterrumpida, durante los cuales han fracasado todos los intentos de armisticios. Los chinos no quieren abandonar los inmensos territorios siberianos y asiáticos que han conquistado. Están seguros de vencer porque cuentan con enormes reservas de hombres, y su industria la dejamos crecer lo suficiente como para autoabastecerse en una guerra de desgaste como la presente. Los mejores científicos del mundo occidental llegaron a la conclusión, años antes de que el conflicto estallara, que de éste difícilmente la Humanidad saldría ilesa. Lo más probable es que hasta el último de sus miembros quede aniquilado.

—Pero hasta ahora nadie ha utilizado las armas atómicas —argumentó César.

—Sí, es cierto. Ninguno de los bandos, pese a tenerlas en abundancia, ha hecho uso de ellas. Los dos contendientes parecen respetar un acuerdo no firmado, que las prescribe. Pero este extraño *status qua* no puede durar mucho tiempo. Basta que alguno de los dos se sienta desfallecer o considere que, en un breve plazo de tiempo, siguiendo la guerra el curso normal, puede perderla, y no dudará en poner en práctica sus planes atómicos, congelados hasta entonces.

»Por lo tanto, las principales naciones aliadas de Occidente estudiaron a fondo mi proyecto y lo aceptaron. Todo se llevó a cabo dentro del más estricto secreto. Miles de hombres trabajaron en el Proyecto Aurora, sin saber lo que estaban haciendo. El dinero

destinado a tal fin fue fácil obtenerlo, pero no así poder explicar al contribuyente su destino. Se invirtieron cantidades fabulosas. El primer paso fue construir un navío capaz de llevarnos a las estrellas, en un plazo no superior a los diez años. Conseguimos diseñar uno que lo haría en menos de seis. Nuestro destino sería Alfa Centauro. Al tiempo que el «Pegasus» —así se llamó el navío, si no lo recuerda, capitán— despegaba de la base lunar situada en la cara oculta de la Luna, allí mismo se empezó la construcción del Punto Uno. Mis ayudantes tenían que trabajar aprisa, tanto como pudieran. Debían tenerlo todo terminado para cuando nosotros, a bordo del «Pegasus», llegásemos a este planeta.

Mientras escuchaba a Schmith, César recordaba ciertas cosas acaecidas en la Tierra, por aquella fecha. Por entonces él acababa de ingresar en la Academia Militar de Zaragoza. No, ya hacía unos años de su ingreso. Incluso tal vez acababa de obtener su grado de teniente y destinado a la XII división acorazada del norte de la Península. Recordaba haber escuchado los noticieros, que hablaban de las crisis ministeriales de algunos gobiernos que no pudieron explicar los cuantiosos gastos ocurridos en aquel período ante sus Cámaras de representantes. Varios primeros ministros cayeron y les sucedieron otros que incurrieron en los mismos aparentes errores. Fue una época confusa, repleta de inflaciones galopantes y devaluaciones monetarias constantes. Aquellas rememoraciones coincidían con las explicaciones de Schmith, quien ahora decía:

—Llegamos a este planeta después de cinco largos años de navegar por el espacio. En más de una ocasión estuvimos a punto de fracasar, pero la fortuna nos acompañó. Tan pronto como nos instalamos en este mismo lugar donde nos encontramos, los veinte hombres que veníamos a bordo comenzamos a trabajar sin descanso. Tardamos más de dos meses en instalar unas máquinas semejantes, aunque más pequeñas, a las que nuestros compañeros de la Luna habían empezado a construir cuando partimos —el doctor sonrió, complacido—. Aún recuerdo el día en que teníamos que comprobar si nuestra misión había tenido éxito. Todos aquellos instantes están grabados en mi mente de forma que, aunque transcurrieran cincuenta años, no se borrarían.

»Con nuestros colegas de la base lunar, habíamos previsto, mediante relojes cósmicos inalterables, el momento exacto en que

debíamos poner en marcha nuestras respectivas máquinas, las de Punto Uno y Dos. Nuestro trabajo estuvo listo unas fechas antes de lo previsto, y la impaciencia nos consumió mientras esperábamos el momento. No podíamos adelantarnos ni retrasarnos un segundo. Nuestra fuente de energía estaba calculada para efectuar el intento una sola vez. No podíamos fallar porque carecíamos de reservas.

El doctor abrió un cajón de su mesa de trabajo, y sacó de él una fotografía, que mostró a César.

—¿Sabe qué es esto, capitán? —preguntó.

César estudió la fotografía. En ella veía un edificio de metal, construido en forma cúbica. En su parte superior sobresalía una especie de chimenea delgada y larga.

—De esa casa salimos mis compañeros y yo, un poco adormecidos, ¿no es así?

—Exacto. Se trata de Punto Dos. Es el resultado de nuestro trabajo arduo de dos meses. Bueno, entonces no estaba listo el cubo de acero que cubre las máquinas, pero el interior no ha cambiado en nada sustancialmente. Como le iba diciendo, capitán, llegó el momento en que debíamos liberar toda la energía de que disponíamos para lanzarIa al espacio en dirección a la Tierra. En el mismo instante, desde Punto Uno, situado en la Luna, debían hacer otro tanto. Durante dos años los haces de luz viajarían por el espacio, sin dejar de tomar contacto con sus respectivos puntos de partida, y enlazarían exactamente a mitad del camino entre la Tierra y Centauro III.

»Cuando del artilugio que parece una chimenea encima del cubo surgió esa vibración luminosa, parte de nuestros malos presagios desaparecieron. A partir de entonces nos quedaba esperar dos años, dejar que los haces constantes de luz láser que partieron de la Luna y Centauro se encontraran. Entonces llegaría el momento de la segunda y definitiva prueba, la que nos diría si nuestros esfuerzos habían valido o no la pena.

—¿Quiere decir que lo que intentaron fue establecer un puente entre la Luna y Centauro III para transmisión instantánea de la materia? —preguntó César.

—Nosotros lo llamamos el Enlace. Pero no sólo lo intentamos, capitán, sino que lo logramos con el mayor de los éxitos —asintió Schmith—. Mi invento fue probado anteriormente entre la Tierra y

la Luna, pero no sabíamos si serviría para cubrir una distancia de cuatro años de luz. Dos años después de emitir a la Tierra nuestra parte de energía, comprobamos que los cálculos estaban correctos. Correspondía a Punto Uno efectuar el primer envío. Se trató de esto.

El doctor señaló una reproducción de la carabela Santa María, que descansaba sobre un pedestal en un rincón de su despacho.

—Llegó intacta. Nos sobrepusimos a la lógica alegría que nos embargó, e inmediatamente procedimos a realizar nuestro envío. Servimos a Punto Uno un animalito vivo, adecuadamente adormecido. Minutos más tarde, recibimos una nota felicitándonos y diciéndonos que podíamos cortar nuestro suministro de energía al Enlace, que desde la Luna se encargarían de enviar toda la necesaria para que la delicada conexión no se rompiese. Era a tiempo. Nuestras reservas estaban casi en su límite. Comprenderá, capitán, que, si la conexión fallase, harían falta otros dos años para poder volverla a establecer. Y eso suponiendo que Punto Uno y nosotros supiésemos cuál iba a ser el momento en que debíamos comenzar la unión. Lo más probable es que tardaríamos otros ocho años.

Schmith se volvió hacia el capitán. En sus ojos brillaba una chispa de orgullo, que su modestia trataba de mitigar. César lo observaba, y comprendió que los hechos excusaban perfectamente al alemán de tal vanidad.

—¿Lo comprende ahora todo, capitán? —preguntó el doctor.

Arranz sonrió tímidamente y dijo:

—Discúlpeme; pero aún hay algo que me mantiene confuso.

—¿Qué cosa es? —inquirió Schmith, complaciente.

—Tengo que aceptar los hechos porque yo he llegado a este planeta en un lapso de tiempo que no puede ser superior a unas simples horas. Me pregunto: ¿cómo es posible esto? Doy por descontado que son ustedes capaces de transformar la materia en energía, introducirla en un haz de luz láser constante, e impulsarla a través de cuatro años luz. Pero si ustedes tardaron dos años en establecer el Enlace, es razonable pensar que yo debo tardar cuatro en llegar a Centauro III en estado luminoso.

Schmith asintió vigorosamente.

—Me alegra que pregunte eso, capitán —dijo—. Sus dudas demuestran que es sumamente inteligente. Un ser vulgar se conformaría con mis primeras explicaciones. Le contestaré, empero,

de forma prosaica. Imagínese un coche deportivo que quisiera llegar a un punto situado a cien kilómetros, pero viajando a campo través, por un camino inexistente como tal, un terreno abrupto lleno de dificultades. ¿Cuánto tiempo tardaría y qué velocidad desarrollaría?

—No sé. Me imagino que no alcanzaría los treinta o cuarenta kilómetros por hora, y necesitaría de tres a cuatro.

—Sí, más o menos. ¿Qué tiempo necesitaría ese mismo vehículo marchando a su destino por la más moderna autopista, carente de circulación y en línea recta?

—Apenas treinta minutos.

—Exactamente. Eso es lo que nosotros hemos hecho: construir una carretera entre la Luna y Centauro, nos llevó dos años. Pero ahora podemos utilizarla para llegar en unos segundos de un lado a otro. La teoría de la conversión de la materia en energía ya era vieja cuando yo planeé todo el Proyecto Aurora. Sólo necesitábamos llegar a este mundo por medio de los usos convencionales, y trabajar. Venga, capitán. Usted también, Ramsey.

Salieron los tres hombres del despacho del director de la colonia al corredor, y entraron en un ascensor que los llevó hasta el terrado. Schmith condujo al capitán hasta un lugar determinado. Desde allí podían ver el edificio en forma de cubo, con su extraña chimenea en la parte superior. El sol se ocultaba ya totalmente en el horizonte. Podían apreciar perfectamente cómo de la chimenea surgía un halo transparente y movible, como si la suave brisa del atardecer lo cimbrease, ascender hacia el cielo hasta perderse de vista.

—No dramatizo, capitán, si le aseguro que ese débil puente de luz es la única esperanza que posee la Tierra de supervivir a la desastrosa y estúpida guerra que la está destruyendo. Los miles de hombres y mujeres que ya viven en este planeta lo saben. No los hay mejores que ellos en toda la Humanidad. Son escogidos, seleccionados científicamente para que sean capaces de afrontar las más tremendas adversidades. No siento temor por ellos, por sus debilidades ante el nuevo peligro que nos acecha, sino una dolorosa sensación de vacío, al pensar que todos nuestros esfuerzos pueden venirse abajo porque nuestros enemigos han descubierto nuestros planes, han sido capaces de recorrer cuatro años luz para seguir con su terca idea de acabar con cualquier clase de raza que no sea la

suya.

Mirando la increíble máquina, Arranz preguntó: —¿Entraba en sus cálculos funestos de probabilidades la presencia de tropas chinas en Centauro, doctor?

CAPÍTULO IV

—CONOCEMOS perfectamente las posibilidades de China al respecto, y estábamos convencidos plenamente de que hasta dentro de cincuenta años ellos no podrían llevar a cabo un proyecto como el nuestro. Todo el esfuerzo técnico y humano de esa nación está dedicado a la guerra. Nosotros hacemos un increíble esfuerzo sobrellevando el peso de la guerra, al mismo tiempo que intentamos poner a salvo el mayor número de habitantes de la Tierra.

—¿Por qué los chinos no pueden ser capaces de hacer lo mismo que nosotros hemos hecho? —preguntó César, arrugando el ceño—. El comodoro Ramsey y yo hemos visto a muchos. Y es de suponer que aún quedarán más en Centauro. Los que hemos matado no deben sumar ni la centésima parte.

Schmith golpeó la baranda del terrado, violentamente, con furia descontrolada.

—Lo sé, lo sé. Pero aún no puedo hacerme a la idea —se volvió hacia el capitán y le dijo—: ¿Sabe la cantidad de energía que necesitamos para mantener constantemente el Enlace? Resulta exorbitante. Pero mucha mayor es aún la que precisamos cuando efectuamos un envío. Como, por ejemplo, puedo decirle que la llegada de sus hombres y tanques a Campamento ha consumido tanta energía como la que precisa una ciudad como Nueva York durante un año. No se extrañe que el AEMA lo medite tanto antes de permitir el envío de refuerzos. Precisamos de miles de cosas indispensables para la colonia, antes que aceptar la llegada de armas y soldados.

»Punto Uno apenas puede aportar toda la energía necesaria para mantener abierto el Enlace. La Tierra tiene que enviarle la energía con el sistema más costoso y estúpido existente. Punto Uno recibe

energía radiante. De la Tierra sale el equivalente de diez, y ellos sólo reciben uno. Calcule lo que las centrales productoras de los países aliados tienen que trabajar para que aquí llegue un simple tornillo. ¡Y todavía esperan en la Tierra más de cinco millones de seres seleccionados y miles de toneladas de material para ser trasladados a Centauro III! Los vuelos a la Luna, hasta Punto Uno, son cada día más difíciles. Es indudable que los chinos saben ya todo lo concerniente con el Proyecto Aurora. ¿Cómo se han enterado de ello? No lo sé. Tal vez su servicio de espionaje sea mejor de lo que siempre hemos pensado.

—¿Cómo es posible que los chinos hayan logrado establecer otro contacto con Centauro, sin que hasta ahora nos hayamos podido enterar?

Schmith movió la cabeza con marcado pesimismo.

—Lo ignoro. Hace noches que no duermo, pensando en eso. A usted le corresponde la misión de localizar el lugar del desembarco chino y destruirlo, capitán, antes de que sean lo suficientemente fuertes como para que se decidan a atacarnos.

—Sí, señor. Y creo que fracasaré, si no me pongo a trabajar de inmediato. Me retiro. Tengo que dar unas órdenes a mis hombres, doctor.

—Sí, capitán. Ramsey se ocupará de acompañarle a los alojamientos que les hemos dispuesto. Además, ya tenemos un pelotón de colonos armados con nuestras pobres disponibilidades, y que se pondrá bajo su mando.

—Gracias. Tengo la intención de montar varios puestos de escucha alrededor de la colonia, y esos hombres me servirán.

César y Ramsey dejaron al doctor en el terrado.

Bajaron hasta la plazoleta y se reunieron con los soldados y tripulantes del supertanque. Media hora más tarde, las guardias quedaron establecidas. Cincuenta colonos armados con escopetas de caza y rifles quedaron incluidos en el modesto ejército de Campamento. Entonces César pidió a Ramsey que le indicara dónde estaba el prisionero chino. El comodoro le acompañó, a través de varias calles amplias, hasta un edificio pintado de blanco, de dos plantas.

—¿Desea que le espere, capitán? —preguntó Ramsey en la puerta.

—No. El sargento Carvhalo está con el prisionero. Yo regresaré solo. Ya voy conociendo el poblado.

—Como guste. Buenas noches.

—Hasta mañana, comodoro.

César entró. Una enfermera leía unos informes detrás de la mesa de recepción. Al reconocer su uniforme de legionario tanquista, se levantó, sonriente. Debía ser soltera, y tal vez estuviera haciendo sus planes para efectuar un pronto matrimonio. Un soldado en aquel lugar podía resultar un interesante partido, según deducía César de las amistosas sonrisas que le prodigó la muchacha, mientras le indicaba el lugar donde estaba el prisionero.

En el pasillo que le indicó la enfermera, César encontró a dos de sus soldados apostados ante una cerrada puerta. Le saludaron al verle llegar, y uno de ellos le dijo:

—El sargento está dentro, capitán.

Carvhalo se incorporó al verle. Sobre una cama, el chino parecía dormir. El sargento sostenía entre sus manos un montón de papeles escritos en caracteres chinos.

—Buenas noches, capitán. Estaba repasando las cartas que llevaban los muertos.

—Buenas noches, sargento. ¿Encontró algo interesante?

—Averigüé que el correo enemigo es peor que el nuestro. Estas cartas debieron tardar más de tres meses en llegar a sus destinatarios. Todos son vulgares mensajes familiares. La censura debe ser fuerte, pues nadie se atreve a mencionar la guerra. Todas fueron remitidas a un campamento especial de instrucción. Creo que los soldados enviados a Centauro son bisoños en su mayoría, que aún no han entrado en combate, jóvenes, sanos y fuertes. De mentalidad estrecha y fanática. Son hombres que no hacen preguntas, limitándose a obedecer sin rechistar.

—¿Qué fechas tienen esas cartas?

—Seis meses, las más recientes, señor. Me olvidé decirle que tuve que registrar concienzudamente los cadáveres. Estaban bien ocultas las cartas. Los soldados parecían temer que sus superiores descubrieran que las trajeron de la Tierra.

—Sin embargo, corrieron el riesgo. Esos pobres hombres son tan humanos como nuestros muchachos, sargento. Desearon llevarse un recuerdo de sus seres queridos —asintió el capitán.

Arranz se acercó al herido. Observó que las manos las tenía esposadas. Levantó la sábana. La pierna estaba vendada, y la respiración era acompasada, casi tranquila, podía decir.

—¿Puedo hablar con él? —preguntó al sargento.

—Sólo unos minutos. El doctor le inyectó un calmante. Hasta que se durmió, nada más pude averiguar cosas sin importancia. En realidad, pienso que será muy poco lo que podamos saber de este pobre diablo —movió la cabeza y agregó—: Me temo que de poco nos servirá.

—Mañana intentaremos sacarle información. Me hubiera gustado esta noche —suspiró César—. Los minutos son preciosos para nosotros, pero debemos tener paciencia. Voy a intentar dormir un poco, sargento. Que un hombre vigile constantemente al prisionero. Usted retírese también a descansar. Mañana quiero que me acompañe a hacer un recorrido en helicóptero. El teniente Almenas quedará al mando de Campamento.

—Sí, capitán. Lo dejaré todo dispuesto. Puede marcharse tranquilo.

Arranz salió y recorrió los pasillos, buscando la salida. El silencio del hospital y las luces tenues le confundieron. Pensó que se había perdido. Al doblar una esquina, tropezó con una persona. Era una mujer. Al mirarla, se sintió turbado. La sorpresa apenas le permitió decir:

—No sabía que aún estuvieras de servicio en el hospital, Lucía.

Ella sonrió, diciendo:

—No es preciso que te disculpes. Sé que es el prisionero chino quien te ha traído aquí. No temas, querido. No pensaré que yo soy el motivo de tu presencia.

Indudablemente, Lucía no había perdido ni un ápice de su carácter. Seguía siendo la misma a cuatro años luz del hogar, con su alto sentido del humor, no carente de mordiente. A veces se pasaba de la raya, y sus insinuaciones lastimaban. Otras veces, en cambio, su ingenio era merecedor de los mejores elogios. Quizá ahora se encontraba de la última forma. Entonces se convertía en la persona más agradable del mundo. Ninguna otra mujer era capaz de igualarla. Cualquier hombre fácilmente se sentía dichoso en su compañía.

—¿Acaso te sentirías agraviada si tú fueras el motivo? —

preguntó Arranz, mostrando sus blancos dientes en una amplia sonrisa.

—Bien sabes que eso me hubiera gustado. Oh, César, nuestro encuentro no fue todo lo amable que debiera haber sido. He pensado que me mostré un poco dura contigo. Debes disculparme. Debió ser que me sorprendió tu presencia aquí.

—No creo que tú fueras más sorprendida que yo, nena. Cuando recorría el desierto, pensé mucho en ti. Llegué a la conclusión de que me alegraba que estuvieras a salvo. Te creí en el norte de África. Ya sabes lo mal que está aquello últimamente.

—Me conmueve tu interés por mí, cariño. En premio a tu bondad, te invito a una copa. Ven. Tengo cerca mi dormitorio.

César no la siguió de inmediato. Antes de hacerla, dijo:

—¿No temes que piensen mal, si me llevas a tus habitaciones?

—Te sorprendería al ver la carencia de prejuicios que existe en Campamento entre los componentes solteros —rió ella.

Apabullado, César la siguió hasta una habitación pequeña y ligeramente femenina. Parecía que Lucía se había esforzado, dentro de las, escasas disponibilidades de adorno existentes en la colonia, en darle una apariencia femenina a la reducida pieza. Empero, César se sintió a gusto allí. Sólo había una silla, que ocupó él. Lucía puso whisky en dos vasos, dando uno a su ex marido, y sentándose en la cama.

Lucía cruzó las piernas despreocupadamente, y César la observó, mientras bebía el primer sorbo. Ella seguía siendo tan bella y atractiva como en los mejores tiempos. Incluso se atrevería a jurar que lo estaba más. Los años de divorcio parecían haberla mejorado, dándole una sensación de serenidad fácilmente captable. Su tez bronceada y la rubia cabellera componían un encanto más en ella, al combinarlas con su bata blanca y corta, que le permitía mostrar generosamente sus bien contorneadas piernas. Sin poderlo evitar, César rememoró lejanas y duraderas noches, cuando la guerra parecía estar aún lejana y ellos descubrían a cada instante una faceta inédita hasta entonces del amor.

—Por ti, Lucía —dijo César, alzando su vaso—, que has sido lo único bueno que hasta ahora he encontrado en Centauro.

Ella rió, divertida, le guiñó y dijo:

—Tus momentos de halagos fueron escasos últimamente, cariño.

Por lo tanto, he de agradecerte profundamente tus palabras.

—Vamos, nena. Parece que tu memoria te falla.

Recuerda que en una ocasión me dijiste que mis halagos rayaban en lo cursi.

De pronto, el gesto risueño y desenfadado de Lucía se transformó. Una profunda pesadumbre inundó su rostro.

—¿Qué te ocurre ahora? —preguntó César.

—Perdona. Se trata de un poco de nostalgia. Comprenderás que no es sencillo olvidar, de pronto, un montón de años pasados, ¿no?

El la miró seriamente.

—¿Acaso supones que yo los he podido olvidar? Transcurrieron unos segundos de tenso silencio.

Lucía tendió su mano derecha a César, y lo atrajo hasta la cama, obligándole a sentarse a su lado.

—No te rías de mí, César; pero tu llegada ha sido algo muy grande para mí. Por un momento he olvidado toda la pesadilla que hemos dejado allá en la Tierra, las muertes, la destrucción, el miedo que embarga a todo el mundo —se pasó la mano por sus dorados cabellos, alisándoselos y añadió—: No sé. He creído sinceramente que toda la realidad es sólo una pesadilla. Pero luego, la llegada de vuestro prisionero chino me ha devuelto a la realidad.

César la miró fijamente a los ojos. Una oleada de ternura le inundó, queriendo rodear con ella a la mujer que tanto había amado… y que estaba seguro de seguir queriendo. Habían sido unos redomados tontos los dos, al dejar que pequeñeces carentes de importancia se interpusieran entre ambos, separándoles, destruyendo una felicidad que siempre se habían sentido orgullosos de disfrutar.

—Sabía que estabas en los Urales —decía ella, con la mirada perdida en un anodino rincón del pequeño cuarto—. Tan segura estaba de no volver a verte que cuando, en el hospital donde trabajaba, pidieron voluntarios para una difícil y secreta misión, no dudé en presentarme la primera. Cuando supe de lo que se trataba, después de salir con éxito de unos agotadores exámenes, hubiera querido renunciar, pero ya no podía. Mis superiores no hubiesen consentido en dejarme salir del Centro de Instrucción, después de saber en qué consistía el Proyecto Aurora.

»Sentí una gran pena al dejar la Tierra, abandonar los rincones

donde había descubierto el amor contigo y disfrutado de noches maravillosas, rodeada por tus brazos. Cuando te vi llegar, apenas pude contener mi alegría. Tal vez por disimularla, estuve un tanto severa contigo —rió, nerviosa, visiblemente turbada—. Perdona. Me estoy poniendo en ridículo.

—No —negó él—. Estás sencillamente maravillosa.

La abrazó y besó. Ella no ofreció la más mínima resistencia. César pensó que, de no haber actuado así, Lucía se hubiera sentido, defraudada. La comprendió. Era demasiada la distancia que los separaba del hogar. Debía sentirse muy sola. Ahora estaba seguro de que ningún otro había ocupado su puesto. Alborozado ante tal idea, se olvidó de cuanto le rodeaba, excepto de ella.

Cuando despertó, encontró vacía la habitación.

Miró, alarmado, su reloj, ajustado, desde su llegada a Centauro, al horario local. Apenas amanecía. Carvhalo debía extrañarse ante su tardanza. Si no quería que todos sus hombres se movilizaran en su búsqueda, debía apresurarse. Se vistió en unos segundos. Al ajustarse el cuello de la guerrera, su mano pasó sobre su poblada barba. Hacía más de cuarenta y ocho horas que no se afeitaba. Su aspecto no debía ser; muy atractivo. Pero no tenía tiempo que perder.

Sintió un poco de embarazo al salir de la habitación de Lucía y cruzarse, nada más cerrar la puerta, con dos enfermeras y un médico, quienes apenas si le dirigieron una mirada. Salió del hospital, enfrentándose al frenético ambiente que reinaba en Campamento constantemente, durante las horas de luz solar.

El trabajo era incesante, y la gente iba y venía de un sitio a otro como si el tiempo se les terminara. Vehículos eléctricos circulaban a moderada velocidad por las amplias calles. Durante el día, el aspecto de la ciudad era agradable. Casas no mayores de dos plantas, pintadas con colores suaves y variados, componían un policromo conjunto. Parecía una ciudad experimental de la Tierra, en la que se ensayara un nuevo sistema de vida, más sano y eficaz, pero en el que faltaba algo primordial: alegría, risas y niños. Estos últimos aún tardarían unos meses en hacer acto de presencia en Centauro.

César pasó junto al edificio en forma de cubo que encerraba el complicado entramaje de Punto Dos, con su Enlace cimbreante y

luminoso, que se perdía en el cielo el cual se iba despejando lentamente de las últimas sombras de la noche. De allí salían varios grupos de nuevos colonos, conducidos por veteranos hacia los alojamientos. Todos eran jóvenes. Ninguno tendría más de treinta años, y miraban a su alrededor con asombro, como si no quisieran creer lo que estaban viendo, como si les fuese difícil hacerse a la idea de que habían vencido la distancia de cuatro años luz en breves instantes. Debieron llegar a medianoche. Los servicios de recepción trabajaron duro para despertarles del sueño a que eran sometidos antes de emprender la transferencia y vacunarlos a todos contra los virus de Centauro.

Doscientos mil seres vivían ya en Centauro. La mayoría, en Campamento. El resto se distribuía en los lugares llamados Poblado y Aldea, embriones de futuras ciudades, situados a cincuenta y cien kilómetros al Este, en dirección contraria al desierto. Y todavía aguardaban en la Tierra cientos de miles de seleccionados para hacer el largo viaje. César se preguntó si tendrían tiempo para efectuarlo, si algún fallo no tendría lugar en Punto Uno lunar o en el Dos de Centauro. En ambos sitios, el secular enemigo les acechaba.

Junto a la salida del cubo receptor, montañas de fardos y cajas enormes aguardaban ser izadas a camiones, que trasladarían las preciadas mercancías a sus puntos de destino. Medicinas, alimentos básicos que todavía no podía producir la colonia, vitaminas, trajes y herramientas, además de repuestos vitales, eran esperados con ansia por los trabajadores, médicos, técnicos, labradores, carpinteros y albañiles.

Llegó a la plaza, donde le esperaba, inmóvil, el supertanque reluciendo al sol, amenazador y negro. Alrededor de él, sus hombres se desayunaban. César sostuvo unos minutos de charla con sus oficiales para cambiar impresiones. Se sentía algo molesto. Si algo hubiera ocurrido durante la noche, sus hombres hubiesen tardado mucho en encontrarle. No podía permitir que aquello volviera a ocurrir. Su pasada debilidad podía costarle caro, si en el futuro volvía a reincidir. Por suerte, nada había sucedido, y Carvhalo le presentó al piloto del helicóptero que les iba a acompañar.

Se trataba de un muchacho que apenas había cumplido los veinte años, de semblante risueño y constante sonrisa, cosa poco

frecuente entre los miembros de la colonia. Dijo llamarse Benjamín Cortés. Además de piloto era radiotécnico, perito agrícola: y trabajaba para la comunidad en los cultivos de caña de azúcar cercanos a Aldea, en donde un grupo de cubanos estaban consiguiendo importantes resultados, en sus intentos para obtener azúcar en Centauro.

El helicóptero les esperaba a poca distancia, en el campo deportivo del sector. Dentro de él, Benjamín desplegó un mapa del continente.

—Yo ayudé a fotografiar la zona donde ustedes descubrieron al destacamento chino, capitán —dijo—. En aquella fecha no vimos nada anormal, y desde entonces no volamos sobre el desierto. Comprenderá que nos llamó poco la atención una zona tan inhóspita.

—Por supuesto —asintió César, y señaló unos kilómetros más al norte del cráter, debidamente indicado en el mapa—. Estimamos que la base de los chinos debe estar por aquí. De todas formas, deseo inspeccionar una zona que, tomando como eje el cráter, abarque un radio de cincuenta kilómetros.

Ben movió la cabeza, no muy de acuerdo.

—Esa operación nos llevará varios días, capitán, y yo tengo entendido que usted pretende dedicar a la exploración sólo el día de hoy.

—Eso es. Antes de ponerme en marcha con el supertanque, quiero saber exactamente dónde tengo que dirigirme para no perder el tiempo.

—Tendremos que volar a gran altura, desde donde no podremos apreciar bien los accidentes geográficos. Algunas rocas o árboles nos harán pensar que son otras cosas, y constantemente tendremos que descender a cerciorarnos.

César sonrió, enigmático.

—He pensado largamente en el asunto, Ben —dijo—. Estoy seguro de que hallaremos indicios de los chinos, perfectamente visibles a quinientos o mil metros.

El capitán notó los deseos del piloto de volver a preguntarle, pero el muchacho se contuvo. Encogiéndose de hombros, dijo:

—Usted manda. Cuando quiera, podemos partir.

—Adelante.

Se cerraron las puertas, y el aparato, que ya había estado calentando sus motores mientras examinaban el mapa, se elevó del suelo.

CAPÍTULO V

ABAJO tenían el cráter, a poco más de quinientos metros. Con unos potentes prismáticos, César lo estudiaba. A una indicación suya, Benjamín tomó rumbo norte. César se volvió hacia Carvhalo, que inspeccionaba desde el otro lado de la cabina, diciéndole:

—No han retirado los cadáveres, sargento.

—Sí, capitán. ¿Qué piensa usted? ¿Es bueno o no para nosotros?

Arranz se encogió de hombros.

—Aún no lo sé. Pero puede que tal circunstancia nos haya librado de ser atacados esta noche. Poniéndonos en el peor de los casos, tal vez cuando lo hagan, adelantarán el ataque.

Veinte kilómetros más adelante, el paisaje empezaba a cambiar lentamente. Alguna vegetación iba surgiendo entre las rocas y arena. Pero todavía era raquítica y escasa. Por el contrario, el suelo era cada vez más abrupto. César tomó buena cuenta de ello. Por allí sería casi imposible que el supertanque pudiera avanzar. Si acaso, muy lentamente.

Minutos más tarde, llegaron al límite establecido para profundizar en la inspección. Ben hizo que el helicóptero describiese una suave media vuelta. César descubrió el semblante huraño del sargento, y le preguntó qué le ocurría.

—Tengo la rara sensación de que vamos a recibir, de un momento a otro, una andanada antiaérea, señor —gruñó el luso.

—Olvídese de tal cosa, sargento. Dudo que posean instalaciones semejantes.

El tiempo fue pasando lentamente. El sol ascendía por la bóveda celeste. Era ya casi mediodía, y aún les quedaban más de quinientos kilómetros cuadrados que inspeccionar. César se restregó los ojos, cansados de mirar a través de los largavistas. Desplegó sobre sus

rodillas el mapa, y punteó uno de los cuadrados, ya recorrido. Sintió que el sargento le tocaba en la espalda. Se volvió hacia la parte que vigilaba Carvhalo, y dirigió el visor donde le indicaba.

No estaba completamente seguro de lo que había visto. Dijo a Benjamín que volviera a pasar por aquel punto y un poco más bajo. Era la primera vez que algo llamaba su atención, y esperaba tener la suficiente suerte como para no equivocarse. Además, Carvhalo también había visto lo mismo que él.

—Baja todo lo que creas conveniente sobre ese barranco, Ben.

El helicóptero emitió un ruido parecido a una protesta, y descendió velozmente. Se estabilizó a unos treinta metros sobre el nivel más elevado del abrupto suelo y, sus ocupantes miraron, ansiosos, al fondo del barranco.

César se quitó los prismáticos, miró al sargento primero y luego al piloto, que tenía vuelta la cabeza hacia ellos, diciendo:

—Restos humanos. ¿Puede bajar más, Ben?

—Seguro, señor, aunque corremos el peligro de ir a hacer compañía a ésos.

César pensó rápidamente. Comprendía el riesgo.

El helicóptero que les transportaba era el único existente en toda la colonia. No solamente representaría una sensible perdida para la seguridad de todos, sino que si no podía regresar para informar a la Tierra del descubrimiento que había hecho, todo se vendría abajo, teniendo que volver a empezar de cero quien le sucediera. Además, nadie podía ir a rescatarles.

—De acuerdo, Ben. Correremos el riesgo. Vamos. Con la respiración entrecortada, César observaba el macabro espectáculo. Evidentemente, aquello era un cementerio chino. Allí arrojaban los asiáticos a sus muertos, sin molestarse en enterrados. Debían estar muy ocupados para no hacerla. Estudió el lugar. Si el enemigo suponía que los aliados en Centauro no disponían de ningún aparato volador, podían confiar en que nunca descubrirían su rudimentario cementerio.

—Son cientos los cadáveres, señor —comentó el sargento.

—Ya lo veo, sargento. Y ese número tan grande es lo que verdaderamente me extraña. No me explico semejante mortandad. Las únicas bajas que hemos causado al enemigo aún yacen en el cráter. ¿Puede tratarse de una epidemia? —preguntó César,

dirigiéndose al piloto.

Ben negó con la cabeza.

—No existe ningún virus mortal para nosotros en este planeta, capitán. Una persona, sin recibir vacunas, a lo sumo que se arriesga es a coger una especie de sarpullido, completamente inofensivo, aunque bastante molesto.

Arranz, aprovechando los pocos instantes en que Ben podía permanecer con el aparato cerca del suelo, observó ciertos detalles, que le aclararon varias interrogantes. Ordenó al piloto que elevase el helicóptero hasta la altura anteriormente desarrollada y dirigiese al Este.

—¿Por qué allí, capitán? —preguntó el sargento.

—Todos los cadáveres tienen más de tres meses, sargento. Los chinos han cometido el error de no sepultarlos, al menos este error es supuesto, porque debieron pensar que nunca iban a ser descubiertos. Se limitaron a desnudarlos y arrojarlos. Cuando una fuerza expedicionaria se encuentra ante el problema de desprenderse de algunos cientos de cadáveres, los lleva a un sitio lo suficientemente cercano como para no tener que emplear mucho tiempo en el transporte, y lo bastante lejos como para que el olor emitido al descomponerse los cuerpos no les moleste en su base. Unos kilómetros son suficientes. Por eso pienso que no lejos de este lugar ha de estar el campamento chino. ¿No descubrió los rastros dejados hasta el mismo borde del barranco por los artilugios en donde transportaron a los muertos?

El sargento asintió:

—Sí, pero no creo que estén hechos por ruedas.

—Desde luego que no. Yeso es un dato interesante. Hemos averiguado ya varias cosas muy importantes. Algunas de ellas, la verdad, no me han gustado nada. Por ejemplo, el número de muertos indica que los vivos son aún muchos. No creo que sus efectivos hayan quedado reducidos en más de un diez por ciento. Esa es la hipótesis mala. La buena es que no cuentan con material pesado. Los rastras que conducen hasta el barracón me hacen pensar que construyeron con árboles unas grandes parihuelas para llevar los cadáveres. Debieron trasladarlas a rastras desde la base al barranco.

—Todavía me pregunto: ¿por qué no los enterraron cerca de la

base?

César sonrió:

—El barranco contiene gran cantidad de plomo, mineral que no debe haber en el campamento chino. ¿No se ha dado cuenta, sargento, de que esos cadáveres están saturados de radiaciones? Para enterrarlos cerca de la base hubieran tenido que cavar unas profundas fosas, lo que su escasez de herramientas les impedía, además de la carencia total de plomo en láminas para taparla. Descubrieron ese profundo barranco de plomo, que en poco tiempo asimilará la radiación, y decidieron usarlo como cementerio de emergencia.

—¿Radiaciones? —exclamó Carvhalo—. No me fijé en el contador, señor. Suponía que en este continente no existía ni rastro.

César tocó a Ben en el hombro para llamarle la atención. Le preguntó:

—¿Era peligrosa la radiactividad del barranco, Benjamín?

—Bastante, señor. Varias horas de exposición resultarían mortales. El sargento tiene razón. En este continente no hemos encontrado rastros de minerales radiactivos. No me explico cómo el contador del helicóptero ha funcionado, después de tanto tiempo de inactividad —sonrió Ben—. Sólo en una de las innumerables islas del Gran Océano descubrieron, los primeros colonos, signos de posibles yacimientos de minerales radiactivos.

—Sin embargo, mis hombres y yo fuimos sometidos a un proceso de desradiactivación al llegar. ¿Por qué, Ben?

—El Enlace posee un ligero grado de radiactividad. Todo material, orgánico o no, que llega a través de él, recibe una casi inofensiva impregnación, debido al largo recorrido. No es mortal, gracias a la velocidad en que lo recorre. De viajarse a través del Enlace a la simple velocidad lumínica, se necesitarían grandes corazas protectoras para que las personas que hagan el trayecto no corran peligro. En Punto Dos se procede a la descontaminación de todas las personas y cosas que recibimos, más por un mero sistema de prevención que otro motivo. Recuerdo que hace unas semanas, tal vez tres o cuatro meses, el Enlace sufrió una alteración extraña, y el grado de radiactividad registrado en todos los envíos subió de forma alarmante. Por suerte, esto sólo duró unos días.

—¿No lograron averiguar a qué fue debido? Puede este dato

resultar muy importante, Ben.

—Entonces será mejor que consulte con el doctor Schmith o el comodoro Ramsey, señor. Ellos guardan registros sobre el particular.

—Lo haré.

El helicóptero salvó unas cumbres, y empezó a volar sobre un valle, en el cual las condiciones geológicas parecían ser un poco más benignas. Carvhalo tocó el hombro del capitán y, con un gesto, le indicó un punto del valle, cercano a unos montes pelados. César tomó los prismáticos, y los apuntó hacia aquel lugar.

—Creo que hemos encontrado lo que estábamos buscando, sargento —murmuró César.

Dirigiéndose al piloto, le ordenó:

—Haga una pasada a toda velocidad sobre aquel punto, Ben. Y luego, por lo que más quiera, aléjese rápidamente.

—De acuerdo. Allá vamos.

Ben enfiló el aparato, y lo hizo descender hasta una altura de cien metros. Dentro de la cabina; César y el sargento, con la respiración contenida, se aprestaron a descubrir todo cuanto pudieran durante los breves instantes en que la presunta base china estaría perfectamente al alcance de los prismáticos. Durante un corto período de tiempo deberían descubrir todo lo posible. Cualquier indicio podía resultarles, más adelante, de un valor inapreciable.

A través de los prismáticos, César vio correr a los chinos de un lado para otro, entre las tiendas de campaña, diseminadas alrededor de los montes centrales del valle. Al pie de éste, se abría una oscura gruta, de la que salieron varias figuras, que alzaron sus miradas hacia el helicóptero. El vuelo rasante del aparato les permitió apreciar incluso las caras de estupor de los orientales. La sorpresa habiales resultado enorme y, tal vez, pensó César, podrían aprovecharse de ella y escapar de allí, antes de que les abrieran fuego. Hasta el momento, no habían descubierto piezas de artillería, pero indudablemente debían poseer ametralladoras, que podían ser suficientes para derribarles, si los servidores disponían de buena puntería. .

El helicóptero llegó al punto más bajo hasta donde Ben lo condujo, y empezó a tomar nuevamente altura, en el mismo

instante en que la confusión era mayor entre el enemigo.

Pese a que dedicaba toda su atención al pilotaje del aparato, Ben tuvo tiempo de echar un vistazo al salpicadero de mandos, y exclamar:

—El geiger registra una ligera radiación, señor —se calló unos segundos, y luego volvió a anunciar—: Ahora ya no se aprecia.

Tal como temían todos, empezaron a sonar los primeros disparos. Los chinos se sobreponían a la sorpresa. Ahora disparaban sus rifles. Pronto hablarían las ametralladoras. César calculó que las de gran calibre debían estar instaladas alrededor del campamento, que ahora empezaban a cruzar.

Un presentimiento abatió a Arranz, quien, pese a considerar el riesgo, dijo a Benjamín:

—Gire unos grados a la derecha, y larguémonos a todo gas. .

En el momento en que el helicóptero giró, empezó a funcionar la primera ametralladora. Tal vez el brusco movimiento del aparato les salvó de ser tocados.

La nueva posición del helicóptero permitió a César ver de nuevo el campamento enemigo... y los montes. Tenían ahora la estrella Centauro a su derecha, al otro lado del valle, y las condiciones eran óptimas para presenciar un espectáculo idéntico al que viera desde la terraza del edificio administrativo de la colonia, cuando Schmith le mostró Punto Dos y su puente de luz perderse en el cielo.

Rápidamente, Oscar dejó los prismáticos y tomó papel y lápiz. Escribió nerviosamente unas notas. Apenas hubo terminado, cuando la velocidad del helicóptero, al alejarse del valle, le impidió continuar viendo la base china.

Habían tomado ya una altura adecuada para poderse considerar a salvo, a menos que los chinos dispusieran de baterías antiaéreas o cohetes tierra-aire. Pero nada de esto habían descubierto en el valle.

—A casa, Ben —dijo César. Atardecía, y entonces se acordó de que tenía hambre. Durante el recorrido, sólo habían bebido agua.

Se volvió para mirar al sargento, quien tenía puesta en él su mirada más asombrada.

—¿Ha visto usted lo mismo que yo, capitán?

—preguntó Carvhalo.

César asintió.

—Desde luego —dijo—. Nuestros amigos Schmith y Ramsey

sabrán, al fin, cómo llegan los chinos a Centauro; pero me temo que este conocimiento los dejará estupefactos.

Arranz se arrellanó en el asiento. Miró sus notas apresuradas. Tenía tiempo, hasta llegar a Campamento, de ponerlas en orden y obtener algunos resultados que, indudablemente, corroborarían sus temores.

* * *

—Es increíble —musitó el director Schmith. Estaba sentado tras la mesa de su despacho. Sobre éste, unos papeles llenos de datos. Primeramente habían sido realizados manualmente por Arranz, luego repasados por Ramsey primero y finalmente por Schmith, para terminar por ser computados en el pequeño, pero eficaz, cerebro electrónico de la colonia.

Los resultados, salvo pequeñas variantes que rectificó la computadora, eran los mismos.

César paseaba por el despacho. Se detuvo frente a la mesa del director de la colonia, y le preguntó: —Pero usted temía algo semejante, ¿no es así?

Schmith asintió. Parecía haber envejecido años durante los pocos instantes que habían transcurrido desde que César le había comunicado el resultado de su exploración.

—Resultaba tan fantástica la hipótesis, que no me atrevía a confiársela a nadie. Ni siquiera Ramsey la conocía —dijo el alemán —. Nuestros estudios nos hacían pensar que los chinos estaban incapacitados para llevar a cabo una operación semejante al Proyecto Aurora. En primer lugar, por carecer de suficientes medios para producir la energía necesaria, a menos que paralizaran su esfuerzo para proseguir la guerra. Segundo, no tenemos noticias de que dispongan de un navío que alcance, al menos, la velocidad de la luz para llegar a Centauro e instalar su Punto Dos. La presencia de tropas chinas resultaba un misterio. Ellos sólo podían haber llegado a este planeta con medios idénticos a los nuestros, lo que resultaba materialmente imposible, una vez analizados los datos que poseíamos respecto a su posición tecnológica. ¿Qué podemos pensar entonces?

—Usted halló la solución —dijo César.

—Así es. A solas en este mismo despacho, me preguntaba qué haría yo, si fuera un científico chino, para llevar a mis gentes a

Centauro III. Encontré la solución, pero resultaba fantástica y demasiado atrevida, sumamente peligrosa para quienes fueran los primeros en realizar el viaje, que debían acondicionar Punto Dos para más seguras posteriores llegadas. Yo nunca me hubiera atrevido a enviar a esos hombres a semejante aventura. Sería lo mismo que condenarlos a una muerte segura.

—Usted pensó como europeo, no como chino.

Para los jefes enemigos supone poco arriesgar la vida de miles de soldados —rezongó César.

El silencio en el despacho del director, cuando callaban las tres personas que en él se hallaban, era denso, asfixiante. Deliberaban la suerte de miles de colonos, las esperanzas de supervivencia de la raza humana. Tenían que encontrar una solución al problema, que ahora, una vez conocidos sus factores, les resultaba más intrincado que cuando trataban de averiguar cuáles eran sus componentes para tratar de resolverlo.

—Temíamos que los chinos supieran del proyecto, tarde o temprano —dijo Schmith—. Como medida preventiva, se instaló Punto Uno en la Luna. En cualquier parte de la Tierra hubiera sido vulnerable. Un ataque en masa chino y ¡Pum!, el enlace desaparece. Pero han sido condenadamente listos, han sabido sacar provecho a la situación —Schmith miró intensamente a los dos hombres que le observaban, que escuchaban sus palabras secas, con profundo acento germánico—. Es fácil adivinar lo que pretenden, ¿no?

—Seguro —admitió César—. Quieren acabar con la colonia aliada, y traer a sus gentes para que ocupen nuestro lugar en este planeta.

El director se pasó la mano por sus escasos: cabellos blancos. Aún parecía resistirse a admitir la realidad de los hechos.

—Han sido muy inteligentes, diabólicamente inteligentes. Cuando yo empecé a pensar en esta solución, me encontré con infinidad de problemas, a los que no hallaba solución. Ellos han sabido resolverlos todos con una sencillez pasmosa —sonrió con sorna—. Yo, el creador del Proyecto Aurora, he sido superado por el enemigo. Nunca, en tan poco tiempo, hubiera sido capaz de resolver lo que sus científicos han solucionado.

—Sigue pensando como europeo, cuando se esfuerza en pensar como chino, director —repitió Arranz—. Usted no hubiera dejado

que sus planes salieran de su mesa de trabajo, sin antes asegurar la perfecta llegada de los primeros viajeros. Los científicos chinos conocían el riesgo, y no les importó que los primeros cientos de soldados llegaran muertos a Centauro III a causa de las radiaciones, a la imperfección de la desviación efectuada a costa de nuestro enlace. Ya le conté lo que descubrimos en el barranco. Esos desdichados debieron ser los primeros en llegar, y no resistieron el salto. Las vidas humanas no cuentan para ellos. Ya lo sabe.

—Todo esto está muy bien, señores —intervino Ramsey—: pero la cuestión, ahora, es encontrar la solución. No podemos perder un segundo. Estoy convencido de que lo que el capitán ha descubierto es importante, pero sigo pensando que todavía desconocemos el total alcance de la capacidad ofensiva del enemigo, su número y armamento.

—Soy capaz de afirmar que carecen de armamento pesado. Sólo cuentan con armas ligeras. Todo lo más, morteros —respondió Arranz—. Por el número de tiendas de campaña que vi, podemos calcular que ascienden a cinco o seis mil. No pueden llegar a los diez millares.

—Y en contrapartida —dijo Ramsey— nosotros sólo disponemos de un par de cientos de hombres mal armados y un supertanque. Bonito panorama.

—Usted y yo, Ramsey, prepararemos de inmediato un informe para la Tierra. Pediremos refuerzos urgentes. Tendrán que enviar una división acorazada completa, en menos de cuarenta y ocho horas, para poder defender a Campamento, Aldea y Pueblo primeramente y más tarde acabar con todos los invasores —Schmith descubrió el semblante sombrío de César, y calló, interrogándole a continuación con una mirada inquisitiva.

—Tenemos que actuar antes de ese tiempo, doctor Schmith. Los chinos ya saben que han sido descubiertos, y no perderán más tiempo para atacarnos —dijo César, de malhumor.

—¿Cuándo cree que nos atacarán?

—Tal vez ahora mismo estén organizando sus batallones para iniciar la marcha contra la colonia entera. Como no poseen medios de locomoción, tendrán que hacerlo caminando, lo que les llevará cerca de dos días en sitiar Campamento. Pero yo dudo que la Tierra pueda enviarnos ayuda, antes de cuatro o cinco días.

—¿Tanto tiempo?

—Tienen que llevar hasta Punto Uno, en la Luna, las tropas y material. Calculando una recepción de cien hombres por hora, necesitaremos otros cinco días para disponer de una división completa. Pero antes de ese tiempo, no quedará nada de nosotros. A no ser que...

—¿Qué, capitán? —preguntaron, al unísono, Ramsey y Schmith.

—No debemos subestimar al enemigo. Tampoco confiar en que se precipiten. Si llegan a las mismas conclusiones que yo, respecto a la aparición de refuerzos, reorganizarán con más eficacia sus tropas, y no saldrán de su base hasta mañana al atardecer. Ya que disponemos de ese tiempo, debemos aprovecharlo para hacerles retrasar la partida lo suficiente para que al menos llegue el cincuenta por ciento de los refuerzos.

—¿Cuál es su plan?

—Espero que, con la ayuda de mis hombres, pueda completar ciertos informes que preciso sobre la base china —sonrió César, enigmáticamente. Ninguno de los dos hombres se atrevieron a preguntarle nada. Callaron, esperando las siguientes palabras del capitán—. Ya previne al teniente Almenas, y el «ST-150» está dispuesto para cualquier eventualidad. Desde el helicóptero, descubrí que sólo existe en el valle una salida. Con el supertanque y algo de suerte, podemos taponar esa salida e impedir, por unos días, que los chinos ataquen la colonia.

—Eso es prácticamente un suicidio, capitán. Conozco la capacidad de su máquina, pero dudo que puedan contenerlos por tanto tiempo —dijo el director.

—Eso es de mi incumbencia. ¿Acaso es mejor quedarnos aquí, y dejar que nos ataquen por varios puntos a la vez? Entonces mis hombres y el supertanque no servirían de nada. Para defender con carros blindados toda la colonia, necesitaríamos al menos veinte unidades. Confío en ganar el suficiente tiempo como para que puedan llegar los refuerzos, y acudan en nuestra ayuda antes de que el enemigo nos mate a todos en su base.

El teléfono de la mesa del director sonó con insistencia. Schmith lo tomó, inquiriendo qué deseaban de él, con mal talante. Escuchó unos instantes la voz del otro lado, y miró al capitán. Tapó el micrófono con la mano y preguntó:

—¿Qué está pasando con el prisionero chino, capitán?

—¿Qué ocurre? —preguntó César, con el ceño fruncido a su vez, sin responder a la interrogante del director—. ¿Quién le llama? ¿Se trata de Carvhalo?

—No. Es la doctora LuCÍa. Me ruega que le ordene a usted que detenga a sus hombres. Parece ser que están torturando al prisionero.

—No haga caso a la doctora, director. Mis hombres saben lo que hacen. A eso es lo que me refería antes. Necesito ciertos informes del prisionero. Dígale a la doctora que nos deje en paz.

—Será difícil. Ella está hoy de jefe en el hospital. Ya ha detenido el... interrogatorio.

César golpeó con el puño cerrado la mesa. —Maldita mujer —rezongó—. ¿Acaso cree...? Está bien. Dígale que yo voy para allá, pero que será mejor que no la encuentre para entonces, haciendo de samaritana. Mientras tanto, ustedes no pierdan un segundo, y exijan de la Tierra que nos manden refuerzos, y que detengan los envíos de colonos y material por el enlace.

Salió del despacho, dando un tremendo portazo.

Schmith y Ramsey se consultaron con la mirada. El primero dijo, mientras se levantaba de su asiento: —Comodoro, vayamos nosotros a Punto Dos a darle un fuerte disgusto al AEMA.

CAPÍTULO VI

—USTED no tiene derecho a hacer esto, doctora —dijo el sargento, fuera de sí.

Pero Lucía seguía obstruyendo la puerta con los brazos cruzados, impertérrita ante las súplicas y amenazas del lusitano. Los otros dos soldados permanecían a la expectativa y en silencio. Dos corpulentos enfermeros la habían ayudado a desalojar la habitación, que Lucía cerraba con su frágil cuerpo a los hombres de Arranz.

—El capitán se enfadará, señora —insistió Carvhalo.

—Viene en camino —le escupió Lucía—. No crea que ese engreído va a intimidarme.

—¡Es nuestro prisionero! —aulló el sargento.

Temía la llegada del capitán. Su situación ante él no sería muy elegante, pero no se había atrevido a formar un escándalo en el hospital, que tal vez sentara peor a su superior que el hecho de haber permitido que la doctora interrumpiera el interrogatorio al prisionero, cuando éste parecía que estaba a punto de hablar.

—Y éste es mi hospital, sargento —respondió Lucía—. Ustedes trajeron a ese hombre, chino o no, para que fuera curado de las heridas. Ahora quieren matarlo a golpes, ¿no? ¡Pueden hacerlo cuando le demos de alta, y en otro lugar que no sea el hospital!

César irrumpió como una exhalación en el pasillo, deteniéndose, jadeante, ante Lucía, que le miró, desafiante.

—¿Quién demonios te crees que eres para interrumpir a mis hombres?

—¿Cumplían órdenes tuyas? —preguntó ella, chispeándole los ojos.

—Por supuesto que sí.

—No debería extrañarme ante esto. De ti puede una esperarse

cualquier cosa reprochable. —Apártate de esa puerta, y lárgate de una vez —la conminó César, terminando por perder el resto de su paciencia.

Los dos enfermos se acercaron a la doctora, y estudiaron amenazadoramente al capitán.

César entornó los ojos y acercó su rostro al de Lucía.

—Escucha, preciosa. Me parece que tu linda cabecita aún no ha recibido la noticia que yo he traído desde la base de los compatriotas del cerdo a quien tratas de proteger. ¿No te has enterado de que millares de chinos están a punto de lanzarse contra la colonia y que, si no saco información al prisionero, nos liquidarán como a hormigas?

—No niego la existencia de chinos en este planeta, por supuesto, pero no creo que sean más de una docena, y que debieron llegar aquí después de cruzar el espacio en una tosca nave interestelar, después de cinco o seis años de navegación. ¿Qué pueden hacernos a nosotros? —Lucía sonrió, triunfante, y añadió—: Claro, el valeroso capitán Arranz quiere aumentar el peligro por su cuenta para ganarse el derecho, ante sus superiores, de permanecer en Centauro. ¿No dijiste, cuando llegaste, que nosotros somos unos emboscados? Pronto has cambiado de opinión, ¿eh? Tú acabarás con esa pandilla de desarrapados chinos y luego aún seguirás diciendo que quedan más en el desierto, por lo que será conveniente que tú y tus hombres os quedéis en Centauro para defendernos.

El rostro de César se tornó rojo. Sus manos se movieron como si quisieran llegar al rostro de la doctora y estrangularla. Respiró hondo y dijo roncamente:

—Muchacha lista, lamento decirte que esta vez te has pasado de la raya. El piloto Ben, el sargento estúpido que ves aquí y yo hemos visto miles de chinos —rió forzadamente y con sarcasmo—. Los pacíficos colonos de Centauro creían que estaban a salvo del horror que está padeciendo la Tierra, y pensaban que el enlace era completamente suyo. Os habéis pasado todos de listos. Los chinos tal vez no lo sean tanto, pero lo cierto es que no tienen nada de tontos. Ya que ellos no podían establecer un enlace completo, todo suyo, se las han ingeniado para uno, comparativamente pequeño con el nuestro, hasta la órbita de Neptuno y que enlaza con el que

llega aquí. —Gozando ante el semblante de estupor de Lucía, César añadió—: Sí, eso es. No sé cómo lo hacen porque yo tampoco entiendo cómo funciona el enlace la Luna-Centauro, pero lo cierto es que han enviado sus tropas a través de nuestro puente de luz láser a este planeta. Incluso deben sacar energía nuestra para hacer un nuevo Enlace, que les deje a unos cientos de kilómetros de Punto Dos. Pese a las enormes bajas que sufrieron al principio, han logrado desembarcar cerca de una división de infantería. ¿Ha comprendido esa cabecita de estopa lo que quiero decir?

La sorpresa de Lucía le impedía articular palabra.

—Y ahora sólo quiero una cosa: ¡Que te largues e aquí, que te marches a los infiernos y nos dejes trabajar a mí y a mis hombres!

Sin la menor contemplación, César la apartó de la puerta. Lucía tuvo que ser sujetada por uno de los enfermeros para no caer. El capitán, con una indicación que hizo a sus hombres, los obligó a entrar en la habitación. Antes de hacerla él, gritó a Lucía:

—Hasta ahora hemos tenido paciencia contigo y tus gorilas, pero te advierto que, a la próxima interferencia, seréis despedidos a tiros. ¡Fuera!

—Eres un… ser asqueroso, César Arranz —le gritó la doctora, mientras el capitán cerraba la puerta de un fuerte golpe, que hizo vibrar los tabiques.

César relajó sus músculos y miró al prisionero.

El chino estaba férreamente atado a una silla y su rostro ya mostraba las señales de los golpes de Carvhalo, quien volvían a ponerse los guantes, dispuesto a proseguir con el trabajo. Los otros dos soldados se situaron a izquierda y derecha del chino, que los miraba con ojos llenos de temor.

—Caramba, capitán. Tenemos que admitir que la doctora tiene agallas —comentó el sargento—. Por un momento le habló como si ella fuera su esposa.

—Lo fue una vez, sargento —respondió César secamente—. ¿Llegó a hablar el prisionero?

Carvhalo, aturdido por la inesperada respuesta del capitán, tartamudeó, al responder:

—Creo que estaba a punto de soltar la lengua, cuando nos interrumpió la doctora, señor.

—Eso quiere decir que ya está maduro. Empiece, sargento; ahora

nadie nos interrumpirá.

El chino empezó a chillar corno un poseso, cuando vio que se le acercaba el sargento blandiendo los puños.

No fueron necesarios más que unos golpes para que el prisionero gritara, en su complicada lengua, algo que el sargento recibió con una sonrisa. Mientras se secaba el sudor con el dorso de la mano, exclamó:

—Jura por sus antepasados que nos dirá todo cuanto queramos. No creo que se trate de un blasfemo.

César asintió. Se acercó hasta la mesita de noche, y llenó un vaso con agua, tendiéndoselo al sargento, e indicando con un gesto al prisionero.

—Dale agua —dijo—. Ha de tener la garganta en condiciones para hablar. Ya sabes lo que tienes que preguntarle, Carvhalo.

El prisionero bebió el agua con avidez, todo el contenido del vaso. Quiso más, pero el sargento le gritó en chino que ya era bastante, que luego le darían toda la que quisiera. César se reclinó contra la pared y cruzó los brazos sobre el pecho, dispuesto a esperar pacientemente a que el interrogatorio terminase.

Comenzó un incomprensible diálogo entre el sargento y el chino. Llegó un momento en que Carvhalo no parecía estar de acuerdo con las respuestas que recibía, pues volvió a golpear el rostro del asiático. Aquello debió terminar por convencerle, ya que las contestaciones se hicieran rápidas y carentes de titubeos.

César repudiaba aquel sistema, pero la situación requería rudeza, faIta de misericordia con el enemigo. Se trataba de una lucha a muerte, sin cuartel, tal vez más cruenta que la que se desarrollaba en la Tierra. El final de los colonos en Centauro no podía ser más tenebroso, si salían derrotados. Ya conocían sobradamente los sistemas empleados por los chinos en cuantas ciudades indias, persas y siberianas habían conquistado. No se trataba de vencer en una guerra, sino de aniquilar a toda la humanidad que no fuese de raza china. Apenas se conservaba con vida a los hombres, si no era para emplearlos como esclavos, braceros a los que no se les daban alimentos. Todos los demás eran pasados por las armas. El mundo se había vuelto loco totalmente, comenzando a inundarse en sangre, que irremediablemente terminaría por ahogarlo todo.

Y el final era fácilmente previsible. Mientras la lucha se mantuviese en tablas, no había peligro de que se utilizasen los proyectiles nucleares, pero cuando una de las dos facciones comprendiese que por los medios convencionales de guerra no podrían ganar y sí perder, la Tierra estallaría en millones de pedazos.

El sargento dio por concluido el interrogatorio, y ordenó a los dos soldados que atendiesen al prisionero. Luego, se dirigió al capitán, quien le miró en silencio y abrió la puerta, saliendo al pasillo, seguido de Carvhalo. Afuera estaba aún la doctora y los dos enfermeros. César pasó por su lado sin mirarla, pero diciendo:

—Ya he terminado con él. Es tuyo; te lo regalo. De reojo, la vio entrar en la habitación de donde ya salían sus dos hombres y se encogió de hombros. Lucía seguía siendo la misma, como tantas veces se repetía. Tal vez, en lo más profundo de su subconsciente, comprendiese las razones que a él le habían impulsado a realizar aquel sucio trabajo, pero los resentimientos aún anidaban en el alma de su ex esposa y debianle impedir razonar con frialdad, ante la poderosa fuerza de la situación existente.

Caminando hacia la salida del hospital, César preguntó a Carvhalo por los informes obtenidos.

—Resultan sorprendentes, capitán —respondió el sargento, restregándose los doloridos puños—. Ya conocemos la costumbre del ejército chino de no distinguir a sus oficiales de la tropa, ¿no? Pues tuvimos la suerte de que el prisionero sea capitán. Empecé a sospecharlo cuando noté en su lenguaje unos giros típicos de los estudiantes de Pekín. En la antigua colonia portuguesa china aprendí eso. Lo acorralé y no tuvo más remedio que confesarme su grado. Luego todo fue fácil.

—¿Qué características posee su punto de recepción para el enlace?

—Estuvo usted acertado, al pensar que los muertos que descubrimos en el barranco fueron los primeros chinos que llegaron al planeta. Eso ocurrió hace cinco meses. El prisionero tuvo la suerte de embarcarse para Centauro cuando la desviación del enlace se estabilizó, y los expedicionarios empezaron a llegar con vida. La capacidad del receptor mide unos treinta metros por veinte, un poco más pequeño que el de Campamento, pero lo bastante grande

para su plan de emergencia, capitán. Está dentro de la gruta que vimos desde el aire y el pasillo que conduce al exterior es lo suficientemente amplio para permitir que el supertanque pase por él.

Ya habían salido del hospital y se dirigían a paso apresurado hacia la construcción en forma de cubo bajo la cual estaba Punto Dos.

—¿Cuáles son sus fuerzas? —preguntó César.

—Son unos ocho mil hombres, aunque el prisionero no está muy seguro. Conocen nuestros tres enclaves coloniales y piensan atacarlos dentro de tres semanas, cuando terminen de recibir morteros pesados, cañones de campaña y camiones. No están seguros si la colonia cuenta o no con armas y prefieren iniciar el ataque cuando estén convencidos de su victoria. Hasta el momento, se han mantenido alejados de los colonos porque quieren cogerlos desprevenidos, pero hace unos días una patrulla fue descubierta por varios colonos, y tuvieron que matarlos. Cometieron el error de no esconder los cadáveres. Temieron que no estaban solos y huyeron. Cuando regresaron con más tropas, los cadáveres ya habían sido retirados a la colonia. Desde entonces, envían fuertes patrullas al desierto. Una de ellas era la que el prisionero mandaba.

César miraba en su derredor, mientras escuchaba al sargento. Aunque la colonia parecía seguir con su vida normal, entre los miembros se notaba cierto nerviosismo. Todo el mundo se volvía para mirarlos. La noticia de la potencialidad del enemigo desplazado en Centauro ya era conocida y nadie había dejado de calibrar el peligro que se cernía sobre ellos. Pero, hasta el momento, la calma persistía.

César notaba sobre sí las miradas de hombres y mujeres. Algunas de ellas ya mostraban esperanzadoras curvas en sus vientres. Pronto nacerían los primeros niños en Centauro. Formarían una generación, que debía ignorar lo que significaba la guerra. Aún era tiempo para lograr aquello. Merecía la pena intentarlo, al menos.

—¿Estás seguro de que el chino no te ha mentido?

—No, capitán. Ya sabe usted que serví en Macao, antes de la primera ofensiva china que expulsó a todos los blancos de Asia. Conozco bien la mentalidad de estos seres, y sé cuándo no mienten. Por suerte, nos hemos topado con un tipo blando, porque cuando

resulta ser uno de esos a quienes se les puede cortar en trozos pequeños antes de conseguir que hablen… y lo logramos sin un gramo de escopolamina, ¿eh?

—Necesitamos saber dónde se encuentra el Punto Uno chino, sargento. ¿Lo averiguó?

—Me dijo que está en el Everest, señor.

—Eso explica la carencia total de material pesado en el cuerpo expedicionario chino… hasta ahora. Llevar tantos hombres a la cumbre del Everest supone una hazaña, pero trasladar vehículos y cañones es algo imposible. Ya resulta difícil creer que hayan sido capaces de construir allí el equipo que precisa un punto emisor para conectar con el enlace, aunque seguramente la central de energía esté localizada en la base del monte. Tengo que preguntar al doctor Schmith qué ventajas supone el hecho de instalar a ocho mil metros sobre el nivel del mar la Base de partida.

Llegaron a Punto Dos. En la puerta formaban guardia dos de los soldados del supertanque, que saludaron a su capitán rígidamente. En el interior, un técnico al servicio del Punto les condujo hasta el despacho adjunto a la sala de controles, en donde estaban trabajando, con otros hombres, los dos principales responsables de la colonia. Saludaron a César al verle entrar. Schmith dijo:

—Ya tenemos la respuesta del AEMA, capitán su rostro estaba profundamente ensombrecido—. Nos responden que la situación en los frentes de combate ha empeorado considerablemente y que dudan que antes de seis días podamos contar con las tropas que usted dijo que necesita. Además, poseen pocos cohetes para trasladarlos a la Luna. Los chinos han lanzado una fuerte ofensiva en todos los frentes y en muchos puntos han logrado romperlos.

Ramsey corroboró las palabras del director con un enérgico movimiento afirmativo de cabeza. En sus manos tenía un tubo metálico, de los que usaban para enviar los mensajes urgentes entre Centauro y la Luna. Desde el satélite terrestre no se tardaban más que unos segundos en hacerlos llegar cifrados al Alto Estado Mayor Aliado.

—Y eso no es todo, capitán —añadió Ramsey—. Las centrales atómicas que envían energía radiante a Punto Uno pueden ser destruidas en cualquier momento, lo que disminuiría la potencia del enlace, y dificultaría el envío de tonelada segundo. De todas formas,

el envío de refuerzos es difícil. No entrañaría ninguna dificultad si la división de supertanques estuviera ya en la Luna, pero es necesario llevarlas en cohetes desde la Tierra. Es posible que cerca de algún puerto del espacio se encuentren tropas, pero no hay nada seguro. El AEMA nos ha prometido hacer todo cuanto esté en sus manos.

César se pasó la mano por el rostro. No había otro camino que poner en práctica su temerario plan. Había llegado la hora de jugarse el todo por el todo.

—Deben enviar un nuevo mensaje al AEMA, señores —dijo—. En él dirán, suplicarán o amenazarán, que dentro de diez horas deben comenzar un ataque con bombardeos estratosféricos contra la cima del monte Everest, cueste lo que cueste. Es importantísimo que logren el objetivo.

Schmith y Ramsey lo miraron, extrañados. El primero preguntó:

—¿Por qué, capitán?

—Allí es donde tienen instalado su Punto Uno los chinos. ¿No volvieron a estudiar los datos?

—Sí, lo acabábamos de hacer cuando usted llegó. Hasta este punto de Enlace, cuando conectan con el nuestro cerca de la órbita neptuniana, sólo necesitan de su energía. Luego se aprovechan de la nuestra propia para que surja un nuevo rayo de luz a una distancia de Centauro igual a la de la Tierra y Neptuno y que termina en el valle donde tienen instalada su base. Esta desviación la consiguen con un movimiento oscilatorio desde su Punto Uno. Es algo parecido a cuando metemos un lápiz en un vaso de agua. El efecto óptico nos parece verlo quebrado. El que hayan elegido el monte Everest es tremendamente aclaratorio para mí. Allí la atmósfera es tan tenue que es posible imprimir a su frente del láser el movimiento oscilatorio preciso para que luego surja otro rayo con el que enviar sus tropas sin que nosotros nos enteremos y sin peligro de que la estabilidad del haz lumínico corra el riesgo de distorsionarse lo suficiente como para que al llegar al punto de contacto con nuestro enlace, en los confines del Sistema Solar, pierda su fortaleza y precisión.

—Tenía deseos de conocer por qué los chinos han elegido un lugar tan elevado de la Tierra para montar su Punto Uno. Ahora necesito que se comunique con nuestro Punto Dos para que lo

dispongan todo para que nos envíen a mis hombres y a mí, junto con el supertanque, al Punto Dos chino, en Centauro.

—¿Qué está diciendo, capitán? ¿Se ha vuelto loco? —balbució Ramsey. Su sorpresa estuvo a punto de hacer que se le escapara de las manos el tubo metálico de mensajes.

—Es nuestra única alternativa. Los chinos no comenzarán la marcha a la colonia hasta el mediodía. Será posible contenerlos con solo el supertanque. Si queremos ganar el tiempo que necesitamos, tenemos que aparecer en medio de su base. Nuestra Vieja Lola será capaz de diezmarlos por unos días. Tenemos armas suficientes, de gran eficacia, que debemos aumentar, ayudados por el factor sorpresa.

—¿Entonces está decidido a...?

—Sí. Ustedes nos enviarán a Punto Uno lunar.

Desde allí los técnicos deberán proyectamos de nuevo a Centauro, pero no aquí, sino al valle dominado por el enemigo. ¿Se imaginan la sorpresa que se llevarán cuando vean aparecer en su plataforma receptora un supertanque enemigo, disparando contra ellos con todos sus medios ofensivos? Si tienen alguna defensa organizada, ésta sólo vigila el exterior del valle, no la gruta donde han construido su Punto Uno.

—Pero tendrán que realizar el salto en estado consciente. Hasta ahora, los seres humanos siempre lo han hecho en estado inconsciente. No sabemos qué consecuencias pudiera originar esto en el organismo...

—Los chinos han enviado a todos sus soldados sin dormirlos previamente.

—Pero los primeros contingentes llegaron muertos.

—Ese fallo fue debido a que aún no habían encontrado la adecuada oscilación, lo que provocaba un adelgazamiento en la densidad lumínica de su enlace hasta su entroncamiento con el nuestro. Las radiaciones acabaron con los soldados en unos segundos —apuntó Schmith—. Pero todo parece indicar que ese efecto ha sido corregido.

César consultó su reloj, empezando a impacientarse.

—Estoy decidido a llevar a cabo mi plan, señores. Dediquen su esfuerzo en preparármelo y no en disuadirme. Saldremos para la Luna a las cuatro y treinta. Dos horas después, a las seis y treinta,

los superbombarderos aliados tienen que haber arrasado completamente las instalaciones del Everest.

Schmith miró unos instantes en silencio a César, sonrió levemente y dijo, emocionado:

—Es una locura, pero creo también que es el único camino viable para salvar la colonia. En sus manos, capitán, el más descabellado de los planes puede convertirse en una bella realidad. Suerte.

Le estrecharon las manos. Al hacerlo, Ramsey dijo:

—Pondremos al corriente de sus planes al AEMA, capitán. Estoy seguro de que realizarán un gran esfuerzo para poder enviar los estratosféricos al Himalaya.

—Gracias. Ahora, confío en ustedes. Voy a dar instrucciones a mis hombres.

Al salir del despacho, bajaron por una escalerilla de hierro hasta la planta baja. En el centro del gran cubo, yacía la plataforma receptora. Hasta ella llegaba, a través de la abertura del techo, el resplandeciente haz de luz. César se detuvo a mirarlo. Confiaba en que, por una vez más, la técnica de los aliados sirviera para la buena obtención de sus fines.

CAPÍTULO VII

CÉSAR parpadeó —varias veces. Tuvo que hacer un gran esfuerzo mental para comprender que de nuevo estaba en la base aliada lunar, exactamente en el Punto Uno del enlace con Centauro III. Apenas habían transcurrido unos segundos —al menos así lo creía— desde que se encontraba en la plataforma de proyección de la colonia. Lo único que recordaba era que tenía conectada la pantalla visora de la reducida cabina de mandos y enfocada al control de Punto Dos. Al otro lado del cristal, además de los rostros ansiosos de Ramsey y el director, había creído ver el de Lucía. El rostro de ella había sido lo último que sus retinas habían fijado, antes de convertirse todo cuanto le rodeaba en un torbellino gris que, después de un lapso de tiempo imposible de calcular, se había esfumado, encontrándose en la plataforma —esta vez convertida en receptora del Punto Uno lunar.

Suspiró aliviado, al echar un vistazo y comprobar en su reloj que apenas habían transcurrido unos segundos desde la partida, si es que de esta forma podía llamarle a su desaparición en Centauro. Viajar dentro del haz de luz merecía otro concepto más definitivo. Aquello no era viajar, era... Meneó la cabeza. Dejaría para otra ocasión definir aquel asombro de estar en un sitio y en un instante encontrarse en otro, a cuatro años luz de distancia.

Podía sentirse satisfecho. Todos sus hombres se encontraban en perfectas condiciones. Aquél era el primer envío de seres humanos —al menos por parte aliada— que se hacía a través del enlace, en estado consciente. Hasta entonces siempre se había dormido a los hombres para evitar alteraciones nerviosas. Era de suma importancia para los planes de César que sus hombres y él aparecieran en la plataforma china en perfecta disposición. No

podían perder un segundo, una vez allí. El ataque tenía que ser fulminante. Si querían obtener cierta ventaja sobre el enemigo, tenían que destruir sus efectivos durante las dos primeras horas, en un veinticinco o treinta por ciento.

El teniente Almenas le llamó por el radio interior para comunicarle que un técnico de Punto Uno pedía permiso para entrar en el «ST-150». César lo concedió, e instantes más tarde un hombre de mediana edad y con una sonrisa triste flotándole en el rostro preocupado, entraba en el cubículo. César le estrechó la mano y le señaló el otro único asiento existente. Junto a la puerta apareció el teniente Almenas.

—Ya me ha dicho el teniente que todos sus hombres están bien, capitán —dijo el técnico, quien antes había indicado llamarse Mayer.

—Así es. ¿Todo dispuesto para reemprender el retorno a Centauro?

Mayer hizo desaparecer la caricatura de sonrisa.

Ahora su semblante ofrecía toda la preocupación que realmente debía sentir.

—Aunque ya supone un tanto a su favor que la tripulación no haya sufrido percance alguno al viajar por el Enlace en estado consciente, capitán, la parte más difícil viene ahora.

—Lo sé.

—Recibimos los registros del doctor Schmith y nos apresuramos a remitirlos al AEMA, a la Tierra. Ya tenemos respuesta. Nos aseguran que a la hora fijada cinco bombarderos estratosféricos intentarán destruir las instalaciones enemigas del Everest, pero no pueden asegurar el éxito de la misión.

—Me supongo esto.

—En cuanto a su plan, tengo que decirle que ha sido aprobado, quizá porque consideraron que no existe otra alternativa —siguió diciendo Mayer—. Dentro de veinticuatro horas llegarán tres unidades, un supertanque y dos ligeros, a esta base, que serán proyectados de inmediato a Punto Dos. El resto del refuerzo no se encontrará en Centauro hasta dentro de ocho o diez días.

—Espero que esas tres unidades lleguen a tiempo de sacarnos del valle, antes que los chinos nos frían —gruñó César—. Ya que estoy aquí, señor Mayer, me gustaría que usted me cuente qué tal

van las cosas en la vieja Tierra.

—De mal en peor. Los chinos han establecido una férrea cabeza de puente en Alaska y han destrozado toda la línea defensiva. En unos días, si no logran impedido nuestros aliados americanos, estarán en California. Ya dominan todo el sudoeste del Canadá completamente.

»El frente ruso también se desmorona paulatinamente, y se piensa en una retirada masiva de trescientos kilómetros, en donde se confía detener la marea amarilla. También sufrimos descalabros en Oriente Medio, en el Pacífico y los pocos territorios que dominamos en el sur de Asia. Los abastecimientos por mar a las tropas son cada día más difíciles. Australia teme ser invadida de un momento a otro. Las fábricas de armamentos están en su límite de producción, e incluso empiezan a escasear las municiones… y los hombres. Ya han sido llamados a filas los muchachos de dieciocho años y los hombres de cuarenta.

César asintió.

—Hace ya algunas horas que a la colonia no llegan nuevas remesas de colonos. ¿Por qué?·

—Es que no nos llegan naves con ellos de la Tierra. Incluso nosotros tenemos los alimentos racionados. Los campos hidropónicos son insuficientes para alimentamos exclusivamente de ellos. ¿Le dijo el doctor Schmith que la alarma del mantenimiento del Enlace ha sonado ya dos veces? La energía radiada que nos envía la Tierra está sufriendo mermas considerables.

—A los chinos no les interesa suprimir todavía el Enlace —argumentó César.

—Cierto, pero ellos no saben dónde están las centrales productoras y bombardean los lugares en que están situadas, sin premeditación.

—Los acontecimientos se precipitan. Cuando yo marché de la Tierra, no hace más de cinco días, la situación no era tan grave.

Mayer chasqueó la lengua y respondió:

—Está peor de lo que usted se imagina, capitán.

Incluso se rumorea que nuestro AEMA empieza a considerar la posibilidad de utilizar el PEA.

César pegó un brinco en su asiento. En la puerta, el teniente soltó una exclamación de asombro.

—Pero eso quiere decir que están dispuestos a jugárselo todo a una carta —dijo—. El Plan Estratégico Atómico sólo se puede usar en caso extremo, cuando la situación sea insostenible, cuando la guerra esté perdida.

—Así es —admitió Mayer—. El enemigo y nosotros hemos renunciado a la guerra atómica... mientras podamos, mientras confiemos en ganarla por medios convencionales. Es cierto que todavía, aunque la situación siguiese así, podemos soportar la guerra un par de años más, pero el AEMA ha decidido que éste es el momento para asestar un fuerte golpe al enemigo. Los chinos no pueden pensar todavía que estemos tan desesperados como para iniciar el conflicto atómico. Podemos cogerles desprevenidos y destrozados sin darles tiempo a reaccionar.

—No podremos evitar que sus proyectiles caigan sobre nuestras ciudades. Será el fin. El AEMA debe reconsiderar esta postura. Aún puede cambiar el curso de la guerra y volver nosotros a tomar la iniciativa.

Mayer sonrió con sarcasmo.

—Entonces sería el enemigo quien, al verse vencido, utilizaría sus armas atómicas. No, yo estoy de acuerdo en que éste es el momento de asestar el golpe definitivo.

César calló. La verdad es que, fuera cual fuere el resultado de la contienda, parecía imposible que la Tierra pudiera escapar del holocausto de fuego en el que estaba destinada a perecer. La situación de los aliados era insostenible y la única salvación que les quedaba era Centauro. Por eso, pese a la gravedad de la marcha de la guerra, el AEMA estaba dispuesto a realizar el gran esfuerzo: enviar algunos de los pocos aviones que podía distraer del frente para bombardear la retaguardia enemiga, el Everest en este caso, y consumir parte de sus pocas y preciadas energías en enviar cohetes a la base lunar con tropas para defender la colonia amenazada por el cuerpo expedicionario chino.

—Bueno, señor Mayer, nosotros estamos dispuestos —dijo César —. ¿Existe algún inconveniente para hacernos llegar hasta el valle chino?

—Teóricamente, no. Nosotros podemos hacer lo mismo que han hecho los chinos. Hemos instalado un oscilador en nuestra plataforma. Una vez que ustedes sean convertidos en energía y

lanzados por el haz del láser, poseerán una vibración adecuada para que no sigan el camino recto, sino que entren en la desviación. Los computadores nos han dado el grado infinitesimal de oscilación que hemos de de imprimirles, pero siempre existe un margen de error, en el que podemos caer. Lo siento.

César sonrió.

—Comprendo todo esto. Es un riesgo necesario.

Puede proceder cuando lo considere oportuno, Mayer.

El técnico se levantó y le estrechó la mano con fuerza. Antes de salir dijo:

—Salude al viejo Schmith de mi parte y dígale que haremos todo cuanto podamos por que el enlace no se pierda. Me temo que, si esto ocurriera, él desaparecería también.

—Se lo diré, de su parte.

—Que toda la tripulación se encuentre sentada y tranquila, capitán. La partida será dentro de diez minutos.

César vio desaparecer a Mayer por la pequeña puerta. El teniente marchó detrás de él. Quedose solo en el estrecho compartimiento, meditando. Aquel día en que su «ST-150» fue metido en un cohete y enviado a la Luna junto con él y sus hombres no podía suponer que nunca más volvería a la Tierra. Porque si de algo estaba seguro es que durante muchos años, o tal vez nunca, no volvería a pisar los verdes prados, acercarse a la orilla de una playa, y escuchar el murmullo de las olas romper delante de sus pies.

Se preguntó cómo sería el mar de Centauro. Se rió de sí mismo. Centauro era un duplicado perfecto de la Tierra, algo increíblemente tan exacto, que Ramsey le había dicho que era tan difícil encontrar un planeta igual a la Tierra en toda la Galaxia como hallar dos huellas digitales humanas idénticas.

Sobresaltado, miró el reloj. Increíblemente pronto habían transcurrido cerca de los diez minutos que Mayer le había dicho que tardarían en proyectar el supertanque a través del Enlace.

Apenas acababa de rememorar las palabras de Mayer cuando de nuevo la niebla gris le rodeó súbitamente. No tuvo tiempo de encomendarse a nadie para que le permitiera volver a abrir los ojos sobre la plataforma receptora china en Centauro.

* * *

Había visto muchas veces aparecer sobre la plataforma receptora los

envíos procedentes de la Luna. Unas veces eran personas y otras grandes fardos, conteniendo todo lo que la colonia iba necesitando para su desarrollo. Pocas veces se efectuaban envíos a Punto Uno. Únicamente los tubos con mensajes, informando y pidiendo instrucciones. Nunca eran enviadas cartas de los colonos a sus pocos y lejanos parientes que dejaron en la Tierra. Era condición indispensable para ser admitido como colono que no se tuvieran padres o hermanos. La correspondencia estaba prohibida con el planeta madre.

Lucía no encontró inconveniente alguno en lograr su ingreso en el Proyecto Aurora, por su condición de divorciada. La vida ofrecía frecuentemente extrañas paradojas. César estaba de nuevo con ella. Sus contactos con él, desde que llegó a Centauro III, no habían podido ser más dispares. Frialdad la primera vez, pasión luego y al final terminaron por gritar se insultos a la cara. Toda su vida había sido lo mismo, una sucesión interrumpida de aquello tres momentos. Tenía que reconocer que los aislados instantes de felicidad bien merecían, en contrapartida, unos períodos más extensos, en los que prácticamente se odiaban. Pero la verdad es que los motivos de sus disputas siempre habían sido pueriles. Durante los años de su matrimonio habían sido fieles. Al menos, por su parte, ella podía afirmarlo. E incluso se atrevería a jurar que también en lo concerniente a César. El era un hombre apasionado, bien plantado y que gustaba a las mujeres, pero poco partidario de las aventuras amorosas turbulentas, de perseguir a las hembras, de apetitos siempre insatisfechos.

Miró de nuevo la plataforma, desde la cabina de mando de Punto Dos. Segundos antes había estado en ella el supertanque. Ahora no había nada. Las ciento cincuenta toneladas de acero y los hombres que había en su interior ya tenían que estar en la base lunar, esperando el momento de volver a ser transferidos a Centauro. Pero ahora la arribada del supertanque no sería en aquel mismo lugar, sino en otro punto distante de allí más de trescientos kilómetros, en medio de una multitud de enemigos a los que debía destruir.

Se volvió. El doctor Schmith y el comodoro Ramsey terminaban su trabajo con los técnicos y recogían los papeles. El director la miró y se acercó a ella.

—No quise preguntárselo antes, doctora; pero nunca la vi antes aquí —dijo—. Comprendo que para todos los colonos tiene un especial interés esta proyección a la Luna, mas sólo usted ha venido. ¿Tiene algún interés especial?

Lucía bajó la mirada, antes de responder. Se sentía defraudada. Había confiado en que César la viera antes de partir. Había querido hablarle. La zozobra la embargaba, por haberle dejado marchar sin haber tenido la oportunidad de disculparse. Tal vez no le volvería a ver más. Existían poquísimas probabilidades de que el plan de Arranz alcanzara el éxito. Toda la colonia lo sabía.

César entró el último en el supertanque y no miró a la cabina de control. Ella había esperado, si no unas palabras que sellaran su reconciliación, al menos una mirada afectuosa de despedida. Pero César se había marchado. Se preguntó qué estaría pensando de ella.

Pero el director esperaba su respuesta. Tardaba mucho en dársela. Aturdida ligeramente, dijo:

—Sí, algo muy especial.

—¿Conocía, acaso, a alguno de los soldados del capitán Arranz?
.

—Al capitán Arranz, precisamente. Fue mi marido, en otros tiempos.

—No lo sabía. Ahora recuerdo. Todo el mundo la llama Lucía, pero su apellido es Arranz.

—Sí, aún conservo el de casada. Bueno, le felicito, director. Usted es el primero en toda la colonia que lo sabe.

Schmith sonrió y dijo:

—No se preocupe por Arranz… Quiero decir por todos. Volverán.

—Así lo espero.

Lucía bajó la escalerilla metálica y salió del edificio. Schmith la vio alejarse. Tenía el ceño fruncido cuando Ramsey se le acercó, preguntándole:

—¿Le ocurría algo a Lucía, director?

—No lo sé todavía. Esperemos.

Consultó su reloj. Dijo roncamente, mirando la plataforma desierta e iridiscente por la fuente de luz que de ella se desprendía:

—El capitán Arranz y los suyos ya deben estar en camino de nuevo hacia este planeta, hacia el valle donde los chinos esperan el

momento de acabar con todos nosotros.

* * *

—¡Contacto!

La voz del conductor del tanque pareció estallar, estruendosa, en los oídos de César. Parpadeó y miró con ansiedad la pantalla visora. Lo que veía a través de ella le resultaba, por supuesto, completamente desconocido, aunque esperado. Tuvo que hacerse a la idea, en un breve lapso de tiempo, que ya no estaban en el satélite terrestre, sino de nuevo en Centauro III, en el mismo interior del punto de recepción chino.

Tomó el micrófono y ordenó:

—Atención. Zafarrancho de combate. Fuego a discreción las ametralladoras, en cuanto lo ordene —las palabras salían de la garganta de César completamente serenas, carentes de tono extraño o alterado. El mismo se sorprendió al hallarse tan tranquilo—. Conductor, mueva la unidad y busque la salida. Atención a los cañones de popa, proa y laterales. Usen granadas radiantes. Los proyectiles dirigidos también deben estar alerta.

El potente motor atómico del supertanque funcionaba. A César le pareció cantares de ángeles su seco ruido. Las cadenas empezaron a girar. Gracias a la pantalla visora, Arranz estudiaba el interior del punto de recepción chino. Las instalaciones no podían ser más rudimentarias. Conocía ya lo suficiente del funcionamiento del Enlace para comprender que el punto chino sólo servía para recibir y no enviar ni un mondadientes a la base en el Everest. Alrededor de la simple plataforma revoleteaban varias docenas de chinos vestidos con monos grasientos de trabajo. Miraban, asombrados, la súbita aparición del supertanque.

Eran unos instantes demasiados preciosos como para desperdiciarlos en conjeturas. César se permitió solamente pensar que el enemigo debía imaginar que sus compañeros de la Tierra les enviaban el primer tanque, algo que indudablemente nunca habían esperado recibir.

Antes que llegaran a la conclusión de que se trataba de una unidad aliada, César gritó por el micrófono:

—¡Fuego! No dejen uno vivo, que no salgan de la gruta. ¡Conductor! Busque inmediatamente la salida.

El «ST-150» bajó la plataforma, rompiendo el frágil borde de

madera con sus poderosas cadenas, mientras de sus ametralladoras escupía el fuego mortal en todas direcciones. Los chinos parecieron reaccionar, ante el fulminante ataque y corrieron. Ninguno de ellos consiguió ir muy lejos. Las ráfagas de plomo los buscaron con avidez.

César movió el enfoque de la pantalla, escrutando el techo de la gruta. Corno había descubierto el día antes, desde el aire, una gran abertura dejaba penetrar el rayo láser. Consultó la hora. Aún faltaba para comprobar si los bombarderos estratosféricos serían capaces de alcanzar su objetivo.

El conductor había encontrado la salida y hacia ella se dirigía. César se mordió los labios. Confiaba en que el prisionero no se hubiese equivocado, al darles las medidas que tenía la caverna en su salida. Si el tanque no podía salir al exterior... No debía pensar en tal posibilidad.

Avanzaban por un pasaje enorme natural y pobremente alumbrado con lámparas de petróleo. Los primeros chinos que llegaron al valle, vivos, debieron descubrir que directamente debajo del punto de contacto del Enlace existía una gruta. No dudaron en practicar un agujero lo suficientemente grande para que pasara el láser y fortificar, tras sólidas rocas, el punto de recepción. Debió ser su primera tarea en Centauro. ¿Pensaron los chinos, en sus primeros momentos de estancia, que los colonos podían descubrirlos desde el aire? Se preguntó César. Luego, debieron convencerse de que los miembros de la colonia no utilizaban vehículos aéreos o carecían de ellos.

Terminaba de amanecer y los primeros rayos solares daban directamente en la boca de la gruta. César ordenó, ante la proximidad de la salida:

—Conductor: aminore la marcha en el exterior.

Detenga el tanque a unos veinte metros de ella. Atención a toda la tripulación. Las siguientes horas serán de vital importancia. Debemos disparar con todos nuestros medios ofensivos sin escatimar, pero teniendo presente que ignoramos cuánto tiempo durará la batalla. No malgasten proyectiles. Listos los cohetes dirigidos. Deberán ser disparados contra los núcleos más importantes del enemigo. ¡Adelante!.

Faltaban unos metros para alcanzar la salida cuando irrumpió en

el pasaje un grupo de chinos. Todos se quedaron paralizados al descubrir al supertanque que avanzaba hacia ellos. Cantó una ametralladora y varios cayeron al suelo. Los demás, debido a la angostura de la salida, no pudieron evitar ser arrollados por las cadenas del «ST-150».

César tragó saliva. Ahora venía el momento más peligroso. De la rapidez con que actuaran todos iba a depender el éxito de la misión. Aún en la base china no se habían percatado de la aparición del supertanque. Unos metros más y saldrían al valle.

El potente carro blindado hizo su rugiente aparición fuera de la montaña, en medio de una explanada rodeada por numerosas tiendas de campaña. De ellas salían centenares de chinos, con sus armas y equipos de campaña, que iban formando las compañías, bajo las órdenes ásperas de los suboficiales.

—¡Fuego total! —gritó César.

Su estentórea orden fue seguida de inmediato por el funcionamiento al unísono de casi todas las armas del vehículo. Los cañones tronaron y las ametralladoras entonaron su rítmico canto de muerte. Las ráfagas de plomo fueron guadañas afiladas entre las asombradas filas de chinos.

La base china se transformó en un pandemónium enloquecedor. Cientos de figuras pardas corrían a ponerse a salvo del monstruo de metal surgido de las entrañas de la montaña, y que volvía a avanzar, enfurecido, triturando los cadáveres que llenaban la explanada.

—Localicen los depósitos de municiones —dijo César al micrófono.

De la aplastada torreta del super tanque surgió el mazo de aparatos que componían el sistema de detectores y radar.

—Se localizan tres puntos, señor —dijo una voz, surgiendo de su salpicadero, a César.

—Disparen tres proyectiles.

La mole del supertanque sufrió una conmoción, al partir de su interior tres pausadas formas metálicas. Unos segundos después, estallaban ruidosamente y en medio de una densa nube negra y fuego, en el fondo del valle.

Si los chinos no contaban con más depósitos de municiones que los destruidos, César podía estar contento. Se habían anotado un

importante tanto a su favor.

Pero el enemigo aún era muy fuerte, muy numeroso. No tardaría en replicar al ataque.

Como si los pensamientos de César fueran malos presagios, en aquel mismo instante la fuerte coraza del tanque sufrió el primer impacto de un mortero. Arranz ensayó una sonrisa. Podía permitírselo. Si los chinos no disponían de algo mejor que aquello, mal lo iban a pasar los hijos del Viejo Imperio.

César había instruido adecuadamente a los conductores del vehículo acorazado y decidió no molestarles mientras las circunstancias no lo demandaran. Se dedicó a observar el paisaje de guerra que la pantalla visara le ofrecía, dispuesto a prevenir cualquier peligro que se les pudiera presentar.

El supertanque había dejado atrás un montón de cadáveres desparramados y triturados sobre la explanada y su ímpetu ahora destrozaba las frágiles cabañas de madera y tiendas de lona. Por todas partes huían soldados enemigos despavoridos. Algunos se volvían para disparar sus rifles automáticos o metralletas inútilmente contra la densa coraza del «ST-150». No podían tardar, empero, en organizar un ataque que terminaría envolviendo al supertanque.

Era preciso buscar el sitio adecuado en el valle, desde donde se pudiera inmovilizar a todo el grueso del enemigo, por muchas horas. Se había llegado a tiempo de impedir su marcha sobre la colonia y ahora era preciso representar el suficiente peligro para hacer desistir a los jefes enemigos de su empeño.

Los proyectiles dirigidos habían acertado en sus objetivos y densas nubes negras y crepitar incensante de estallidos de municiones se sucedían en el fondo del valle. Más morterazos se estrellaron contra el blindaje.

El teniente Almenas entró en la cabina de mando, sentándose al lado de Arranz. Estaba sudando copiosamente, pese a la buena temperatura que reinaba en el interior de la máquina de guerra.

—Los hombres están bien, capitán —le informó, mientras aspiraba hondo—. Hasta el momento no hemos registrado daños de consideración. El consumo de municiones es relativamente bajo para el tiempo que llevamos de combate. La moral, por supuesto, sigue siendo alta —consultó unos datos en los papeles que llevaba

en la mano derecha, y añadió—: En unos minutos, si no encontramos obstáculos, llegaremos al lugar del valle elegido para sostenernos allí el tiempo preciso.

César asintió: —De acuerdo.

El televisor de la cabina disponía de un receptor de sonidos, conectado con el exterior, pero enormemente disminuido en su potencia. Así, parecían estar viendo una vieja película bélica. Ahora apenas se veían chinos. Los que habían salido ilesos del primer ataque del supercarro debían estar siendo reunidos por los oficiales para organizar el contraataque.

La marcha del supertanque era buena. Apenas estaban a unos minutos de la ladera que ascendía hasta la salida del valle, la única existente. Si lograban hacerse fuertes en ella, los chinos tendrían que desalojarlos de allí, —si querían enviar sus tropas contra la colonia.

CAPÍTULO VIII

—DIFÍCILMENTE podrán organizar un ataque contra la colonia, si logramos defender esta salida del valle —comentó César—. Además, sus mandos están sorprendidos. También tendrán que vigilar su plataforma de recepción para prevenir cualquier posible llegada de nuevos carros de combate aliados.

—¿Por qué no llegan los refuerzos por el mismo sistema que nosotros? —preguntó Almenas—. Se ahorrarían tener que cruzar el desierto y estarían aquí mucho antes.

Por toda respuesta, César giró el visor de su pantalla, enfocándola hacia atrás. En ella apareció la gruta que poco antes abandonaran. En su cima aún resplandecía el rayo de luz láser, procedente de las estrellas.

—Confío en no ver esa luminosidad, antes de una hora —dijo el capitán, después de consultar su reloj.

El «ST-150» iniciaba el ascenso por la ladera cuando docenas de morterazos cayeron a su alrededor. Por la derecha, cientos de chinos buscaban una aproximación a la máquina de guerra. César distinguió que muchos de ellos portaban botellas llenas de gasolina. El enemigo había decidido librarse cuanto antes del inesperado visitante. Las ametralladoras del supertanque hicieron retroceder a la infantería, pero los disparos de mortero continuaron cayendo, cada vez más cerca, hasta que los servidores de las piezas consiguieron sincronizarlos con la marcha del supertanque y empezaron a hacer blanco.

Los conductores imprimieron una marcha en zigzag al supertanque, pero no pudieron evitar que algunos disparos hicieran blanco. El rugido en el interior era ensordecedor a cada impacto. Las corazas podían resistir; pero siempre existía el temor de que un

golpe afortunado para el enemigo trajese consigo la inmovilización de alguna de las cadenas.

Tras minutos de penoso avanzar, el supertanque alcanzó el sitio previsto. Tal como pensara César, desde aquel lugar disfrutaban de una posición estratégica ideal. Dominaban ampliamente casi todo el valle, e impedían la salida de él a las tropas expedicionarias chinas. Ahora sólo era cuestión de resistir y matar a cuantos enemigos pudiesen.

Los morteros dejaron de funcionar y las ametralladoras enemigas callaron. César ordenó el alto el fuego. Se iniciaba un compás de espera, que a todos venía bien. Unos instantes de relativa tranquilidad serían bien acogidos. Indudablemente, los hombres merecían un descanso. Debían tener los nervios deshechos. Eran demasiadas emociones en tan poco tiempo. Un salto terrorífico a través del Enlace a la Luna, regreso a Centauro e iniciar una batalla contra el enemigo, que, aunque pobremente armado, suponía numéricamente uno contra quinientos.

Arranz ordenó, por micrófono, que los hombres comieran algo y se relajaran un poco, aunque debían estar preparados para acudir de inmediato a sus puestos de combate. El enemigo no tardaría en comenzar un ataque fulminante.

—Estoy agotado, señor —sonrió el teniente—. Y lo gracioso es que apenas llevamos aquí un par de horas.

—No se turbe, teniente. A mí me parece que llevamos una semana en este condenado valle —respondió César. Brincó, de súbito, en su asiento y manipuló en la pantalla—. Eso me recuerda algo. Ya debían de...

La pantalla mostró el monte en cuyo interior se sumergía el luminoso láser. Los dos hombres contuvieron la respiración cuando comprobaron que la intensidad del Enlace se iba esfumando lentamente, teniendo como fondo el cielo.

—Los bombarderos estratosféricos —sonrió César y se volvió hacia el teniente, diciéndole—: Por un momento, temí que no fueran a lograr su objetivo. Observe, teniente, la pobreza que presenta ahora el láser enemigo. Eso indica que la base del Everest ha sido alcanzada por los nuestros.

El teniente parpadeó ante la pantalla. Frunció el ceño.

—No comprende. La Tierra está a cuatro años luz. El efecto

positivo del ataque, o sea la desaparición de la desviación del Enlace hasta este valle, no se debía apreciar hasta dentro de cuatro años, si apenas los nuestros acaban de destruir la base del Everest, ¿no?

—Su teoría es en parte correcta, teniente. Pero debe tener en cuenta que la vitalidad del enlace se mantiene gracias al recorrido supralumínico del láser. Durante algún tiempo, unas horas o años, subsistirá en el cielo ese trazo luminoso, cada vez más débil, hasta que desaparezca por completo. Ya no existe fuente de energía que fortalezca la desviación china, pero aún navegan por el espacio estelar restos de fuerzas que llegarán a este valle, aunque ya sin capacidad para transportar nada.

Callaron ambos. Seguían mirando el cada vez más débil haz de luz. Un funesto pensamiento inundó la mente de César, haciendo que su rostro se tornarse una máscara indescifrable. El teniente lo advirtió y preguntó:

—¿Qué le pasa, capitán?

—Aún no podemos cantar la victoria de esta batalla, teniente.

—Lo sé, señor —sonrió el teniente precariamente—. Podremos hacerlo cuando salgamos del valle y estemos de nuevo en Campamento.

—No me refiero a eso. Pienso si la desviación de que disponían los chinos ha desaparecido gracias a los bombardeos de nuestros aparatos o... porque ha sido nuestra base en la Luna la que ha fallado.

El teniente se estiró con el dedo el cuello de su uniforme. Parecía apretarle demasiado.

—No sé —dijo lentamente—. Antes de comenzar la guerra, los chinos ya pusieron en órbita algunos satélites, pero nunca hicieron nada por alcanzar la Luna. Ni sus cohetes son capaces de llegar hasta allí. Además, aunque sepan lo que existe —que lo saben— y para lo que nos sirve Punto Uno, desconocen su exacta posición en el lado oculto del satélite. Tendrían que acribillar media Luna para acertar.

César torció el gesto socarronamente. —Seguimos menospreciando a nuestros enemigos. Han sido capaces de colarse en nuestro propio Enlace, de mantenernos en constante jaque en la guerra y aún seguimos pensando que viven en los tiempos de la

última emperatriz. Pero es igual. Cuando regresemos a Campamento, conoceremos la verdad.

Pudo haber añadido: si regresaban, pero era obvio que los pensamientos del teniente no podían ser más optimistas que los suyos. El también debía pensar que eran escasas las posibilidades que tenían de volver con vida a la colonia. Observando la pantalla, podían ver cierto movimiento en las filas chinas. Se preparaban para un ataque.

—Lógicamente, han debido comprender que hemos destruido su contacto con el Everest y estarán furiosos. El próximo ataque será decisivo.

Apenas pronunció tales palabras César, cuando unas explosiones, diferentes a las que hasta entonces habían soportado, le hicieron exclamar:

—Esto cambia la situación, Almenas. Son granadas antitanque. Y, si no me equivoco, nuestro blindaje no será capaz de resistir varios impactos de esos en el mismo lugar.

Elevó el telescopio y aumentó la imagen cuanto pudo. En las colinas del fondo del valle, a unos dos mil metros, estaba instalada una batería de piezas antitanques. Debían de ser del 9'9. Ordenó a los servidores de los proyectiles dirigidos que las localizaran e hicieran callar.

—Sólo nos quedan seis proyectiles, señor —advirtió el servidor, a través del comunicador.

César se mordió los labios. Si no se acertaba en la primera andanada, mal lo iban a pasar. Y si de todas formas lograban destruir la batería, siempre existía la posibilidad de que los chinos dispusieran de más cañones de aquéllos. Si hasta entonces habían creído que no tenían otra cosa, bien podían contar con más baterías.

La pesada mole del supertanque se tambaleó y vibró a cuenta de tres impactos recibidos. El telescopio fue barrido de la torreta, y César se quedó sólo con la visión de la pantalla, maldiciendo entre dientes.

—Destruyan esas piezas, antes que nos frían —gritó—. Conductor, mueva la Vieja Lola. No debemos permanecer quietos.

Los proyectiles aullaron y se perdieron en el aire, hacia el fondo del valle. Instantes después, por la pantalla de televisión, César vio cómo estallaban en un punto, que deseó fervientemente fuera donde

estaban situados los cañones. Pero su esperanza se esfumó en seguida. Una de las piezas seguía disparando ininterrumpidamente contra ellos. Y al parecer, con una rabia y deseos de acabados pronto.

Pero el carro blindado se movía a través de la salida del valle, zigzagueando y ofreciendo un blanco difícil. El paso era ancho, de casi cincuenta metros y flanqueado por altas rocas. César desconocía el lugar, pero no creía equivocarse al pensar que, desde el otro lado, podrían resistir con más eficacia. Incluso se verían a salvo del cañón. Al menos, por un buen rato. Los chinos tendrían que mover su artillería y eso les tomaría tiempo.

La retirada del tanque constituyó un éxito. El cañón pronto dejó de disparar. Sus servidores debieron darse cuenta de que resultaba inútil seguir gastando sus preciados proyectiles, disparando a ciegas. César ordenó al conductor que se detuviera, una vez en el exterior. Si los chinos querían salir del valle, tendrían que pedirle permiso antes.

Se volvió para mirar al teniente, y lo encontró sonriendo.

—Un excelente lugar, señor —respondió a su silenciosa interrogante—. Mejor que el otro.

—Cierto —asintió César—. Será difícil que logren vencernos, si nos mostramos firmes en esta posición. Calculo que podremos estar tranquilos unas horas.

El silencio era ahora ignominioso, lleno de embarazo. Ambos contendientes parecían haber pactado una tregua misteriosa. Arranz dispuso que sus hombres descansaran por grupos, sin que la vigilancia se descuidara.

—Atacarán cuando menos lo esperemos. No tardarán mucho —dijo acercándose a los labios una cantimplora y bebiendo un largo trago de agua.

Le informaron que dos hombres, servidores de ametralladoras, estaban levemente heridos, pero que tuvieron que ser retirados de sus puestos. El sargento Carvhalo los había sustituido por dos soldados de su grupo de infantería. A César le pareció bien lo dispuesto.

Terminaban de comer unos emparedados cuando la queda sirena de alarma esparció sus previsoras notas por el interior del supertanque. César miró la pantalla. Del valle salían docenas,

cientos o tal vez miles de chinos, divididos en grupos, corriendo, arrastrándose por el suelo, aprovechando lo abrupto del terreno para ocultarse, avanzando con arrogancia y desprecio a sus vidas hacia ellos. Era un ataque en masa, un asalto desesperado, ordenado por los jefes para acabar con la amenaza que para ellos representaba el supertanque enemigo.

—Muchachos, vamos a demostrarles de lo que es capaz la Vieja Lola —dijo César, por el micrófono general, a sus hombres.

Los primeros grupos empezaron a caer bajo el fuego discrecional de las ametralladoras y cañones del tanque.

César no tardó en darse cuenta de la insubordinación del sargento. Descubrió, por su pantalla visora, que Carvhalo había ordenado a su grupo de infantería que saliera al exterior y tomara posiciones alrededor del carro para salvaguardar los flancos. Era una locura, pero tenía su plena justificación, puesto que algún enemigo podía acercarse hasta las orugas y colocar allí una carga explosiva o una botella, llena de gasolina. Los infantes se encargarían de impedirlo… mientras pudieran. La lluvia de plomo que sobre el tanque caía era mortal. Y los soldados no podían encontrar, en el terreno circundante, un refugio perfecto para poder disparar con un margen mínimo de seguridad.

César se mordió los labios. No podía ordenar al sargento que regresara al interior. Ya lo haría él cuando lo considerara oportuno, cuando comprendiera que no podía sostener aquella posición por más tiempo. Pensó, con tristeza, que serían pocos los soldados que volverían al interior del supertanque a buscar su sólido amparo.

Los chinos seguían empeñados en su suicida aproximación al supertanque. Caían como moscas, pero otros ocupaban los lugares de los muertos y seguían avanzando. Cada vez estaban más dispersos y resultaban más numerosos, a pesar de las cuantiosas bajas que sufrían. Parecían estar poseídos por la locura de matar, de destruir al enemigo a toda costa.

Volvieron a tronar los morteros. El micrófono instalado en el exterior permitió que el fragor de la lucha llegara hasta la cabina de mando del carro.

César y el teniente escucharon los gritos salvajes del enemigo al lanzarse al ataque, arengados por los jefes.

César, sudoroso, tomó el micrófono una vez más y dijo:

—Fuego total. No dejen de disparar un segundo.

CAPÍTULO IX

HACÍA ya muchas horas que el sistema de aire acondicionado no funcionaba y el calor reinante en el supertanque resultaba insoportable. Todos los hombres que aún permanecían vivos en su interior se habían despojado de casi todas las ropas. Y a pesar de eso, aún sudaban copiosamente.

César recorría los diversos departamentos, interesándose por el estado de sus hombres. La explosión de varias botellas de gasolina, ocurrida poco antes, durante el último ataque, había achicharrado a los servidores de las ametralladoras de popa y a los del cañón inferior del mismo lugar. Por fortuna, el conductor logró sacar el carro del infierno de fuego y luego los extintores hicieron el resto. Faltó poco para que los menguados depósitos de municiones estallaran.

En el reducido cubículo destinado al pelotón de infantería, el sargento, desnudo de cintura para arriba y con el brazo derecho sucio, conversaba con dos de los seis soldados que le quedaban cuando César entró. Se cuadró ante su jefe y dibujó una sonrisa forzada en su ennegrecido rostro.

Carvhalo había sido uno de los hombres que sofocaron el incendio dentro y fuera del supertanque y había sufrido quemaduras de consideración en el brazo. Su torso desnudo y sucio estaba cruzado por los correajes, de los que pendían municiones y una pesada pistola.

—Sigo manteniendo fuera dos hombres de vigilancia, señor —le informó a César.

Arranz asintió lentamente: —Retírelos.

—¿Cómo? Si lo hago, nos quedaremos sin vigilancia en los flancos. Y está anocheciendo…

—Nos marchamos. Esto se ha hecho insostenible.

No podremos evitar que nos achicharren durante el próximo ataque. Los chinos están cada vez más furiosos y un ataque suicida nos liquidaría sin remedio.

Carvhalo miró a su jefe interrogadoramente. A veces, no podía adivinar sus extrañas reacciones, pese al tiempo que llevaba a sus órdenes.

—Sí, sargento. Voy a sacarle de dudas. Vamos a abandonar el supertanque. Aprovecharemos la noche para huir a las montañas. Con suerte, podremos cruzar el desierto y llegar a Campamento en dos días, calculo. Por eso debemos llevarnos todo cuanto nos sea preciso, pero que no suponga un entorpecimiento en nuestra marcha.

El capitán salió al angosto pasillo que debía conducirle a la cabina de mando en donde le esperaba Almenas. Carvhalo le siguió. César comprendió que el luso quería preguntarle algo, hablar con él. Se detuvo y esperó que el sargento hablara.

Carvhalo parecía nervioso. El capitán le animó con una sonrisa.

—Antes que empezara esto, usted creía que resistiríamos dos o tres días, capitán, ¿no es así? Es la primera vez que asisto a un fracaso de sus planes.

—No es excusa, sargento, pero yo no contaba con aguantar ni tres horas. Hemos tenido suerte. Ya llevamos más de dieciséis y hemos causado más bajas al enemigo de las que imaginé. Si salimos dentro de... una hora, cuando la oscuridad sea total, ¿cuántos kilómetros nos habremos alejado de aquí, antes del amanecer?

Carvhalo se rascó la barbilla.

—No sé... Digamos de veinte a treinta kilómetros si no somos atacados durante el camino por el enemigo.

—Cuento con que no nos descubran. Será una distancia suficiente. Voy a poner en marcha el dispositivo de autodestrucción de la Vieja Lola. Estallará a las diez de la mañana. Los chinos no se atreverán a acercarse al supertanque hasta mucho después de iniciar el ataque. Se sentirán confundidos, al comprobar que no respondemos al mismo. Entonces se acercarán y... Ojalá la explosión se los lleve a todos al infierno.

Carvhalo sonrió socarronamente. Le gustaba la idea. O tal vez era que no existía otra mejor. —Resultará un buen tapón para el

embudo en donde les hemos dejado, señor. Voy a prepararlo todo.

—Bien, no pierda el tiempo. Saldremos tan pronto como la oscuridad sea total. Ojalá no encontremos dificultades. Ya sabe lo que nos ocurrirá si para cuando esto explote aún estamos dentro de un radio de quince kilómetros.

—Lo sé.

César volvió la espalda al sargento y caminó a través del estrecho corredor.

* * *

El carro de combate de ciento cincuenta toneladas y los dos ligeros se detuvieron precisamente donde, días antes, el supertanque de César Arranz aniquiló al destacamento chino. Los cadáveres aún permanecían desparramados en el lugar de la lucha, corrompidos bajo el implacable sol y danzando miles de moscas a su alrededor.

Algunos soldados aliados bajaron de las máquinas de guerra, protegidos con máscaras. El hedor resultaba insoportable. Después de una rápida inspección a los cuerpos, regresaron al supertanque que marchaba en cabeza de la pequeña columna.

En la achatada torreta abierta, les esperaba un oficial. Un soldado trepó por la escalerilla metálica e informó:

—Parece que vamos por buen camino, capitán.

En este lugar liquidó el capitán Arranz a los chinos y tomó al prisionero. Pronto encontraremos la base.

El capitán bajó. Entró en la cabina de mando.

Allí estaba el doctor Schmitch, a quien le explicó lo que habían encontrado.

El germano asintió con la cabeza.

—Mi segundo, el comodoro Ramsey, acompañó a Arranz en la primera inspección. Asistió a la lucha. No debemos perder tiempo, si queremos encontrarle a él y a sus hombres con vida.

El capitán Silbersteim se encogió de hombros.

Después de ordenar que se prosiguiera la marcha, dijo al doctor:

—Es elogiable su optimismo, director; pero recuerde que hace tres días se registró en Campamento una fuerte explosión. Precisamente en la zona donde se supone que los chinos tienen su base. Eso puede significar sólo una cosa: la destrucción del supertanque de Arranz.

—Arranz estaba seguro de que los chinos no disponían de armas

capaces de destruir su carro de combate —protestó Schmith.

—Conozco a César Arranz —sonrió tristemente Silbersteim—. Luché algún tiempo a su lado, desde que nos entregaron los supertanques. Por los datos que conozco, estoy seguro que Arranz apenas podía resistir dentro de la base china unas horas. A lo sumo, tres o cuatro. Si aún vive, ha realizado una proeza notable.

—Entonces, ¿si sabía que su misión era tan difícil, un suicidio, por qué trató de hacernos creer que, en su supertanque, serían invencibles?

—Arranz conocía perfectamente la situación de la colonia. Nosotros no podíamos llegar hasta unos días después de pedir ayuda. Para entonces, los chinos ya habrían acabado con todos... y con él mismo. Así que decidió meterse en la boca del lobo y tratar de partirle todos los dientes que pudiera. Eso daría tiempo a que algunas de las unidades de socorro llegaran. Cuando me enteré de lo que Arranz había hecho, como usted lo sabe, no dudé en ponerme en marcha, sin esperar el resto de los blindados, que por cierto no llegarán a Punto Uno hasta dentro de una semana. Espero que nosotros podamos rematar la labor de Arranz.

—El capitán no tenía que haberme mentido —dijo Schmith—. Yo le hubiera comprendido. ¿Cómo iba a tratar de persuadirle?

—Tal vez no trató de engañarle sólo a usted.

—¿A sus hombres, quizá?

Silbersteim rió de buena gana.

—Oh, no. La tripulación de Arranz es de las mejores de todas las Fuerzas Blindadas Aliadas. Se dejarían matar por su jefe. Durante la inspección sanitaria que nos hicieron, al llegar, vi a una doctora que se parece mucho a una fotografía que Arranz siempre lleva consigo. Cuando una vez yo le pregunté de quién se trataba, me respondió que había sido su esposa, antes que empezara todo el jaleo. ¿Sabe usted si se trata de la misma persona?

—Sí, es su ex esposa.

—Me lo suponía. Seguramente, César quitó importancia a la misión, por causa de ella, para no dejarla demasiado preocupada. Todos los demás miembros de la colonia deben traerle sin cuidado.

—Usted parece conocer mucho al capitán Arranz.

—¿Conocerle? Nadie conoce a Arranz. Es el ser más introvertido que nunca he visto. Pero resulta ser la mejor persona en quien

confiar.

—En eso estoy de acuerdo con usted —respondió mecánicamente el director de la colonia. Pero su mente recordaba la figura esbelta y preocupada de Lucía Arranz, presenciando la partida de su ex esposo, a través del Enlace.

* * *

Había trascurrido cerca de una hora. El cráter había quedado muy atrás. La marcha de la pequeña columna había sido lenta, desesperantemente entorpecida de continuo por los obstáculos que se presentaban. El paisaje, aunque paulatinamente iba abandonando su aridez, desapareciendo el desierto, seguía siendo abrupto. El supertanque encabezaba la columna. En su interior, el doctor Schmith apagaba su sed con un trago de agua fresca. Rechazó el cigarrillo que le ofrecía el capitán Silbersteim. Dedicó su atención total a la pantalla, que, como una nítida ventana, les ofrecía el paisaje que se enfrentaba al carro blindado.

—Lo cierto es que no le esperábamos tan pronto, capitán —comentó Schmith—. Arranz no le esperaba hasta dentro de un par de días más.

—Le confieso que estoy tan sorprendido o más que lo estuvo César cuando llegó aquí, señor —sonrió Silbersteim—. No tenía ni la menor idea de lo que es el Proyecto Aurora. Sólo recibí órdenes de embarcar para la Luna en uno de los pocos cohetes que todavía hacen el servicio regular. En el satélite, en el lugar llamado Punto Uno, me introdujeron, sin decirme nada, en una especie de plataforma, después de entregar me un sobre sellado, que debía de abrir al presentarme a usted.

»De pronto me encontré a cuatro años luz de la Tierra. Ha sido una interesante experiencia. Contestando a su pregunta, señor, he de decirle que incidentalmente me encontraba en el puerto del espacio, cuando el Mando recibió orden prioritaria del AEMA. Sólo estaban mi unidad y esas otras dos que nos siguen. Por ese motivo la ayuda la han recibido tan pronto. El resto tardará bastante.

—El capitán Arranz me dijo, cuando llegó, que la situación estaba bastante delicada para nuestra causa. ¿Cómo la dejó usted, capitán?

—Cinco días son suficientes para mandar al diablo a todo el mundo. Los chinos están hartos y desesperados como nosotros. Los

dos bandos combatientes empiezan a acariciar la idea de asestar un golpe sorpresivo y mortal al contrario con las armas atómicas y terminar de una vez por todas con el pleito.

Ya veremos quién es el loco que pulsa primero el botón rojo.

Un altavoz encima de la pantalla visara anunció:

—Registramos disparos de rifle y ametralladora, señor.

Silbersteim se puso tenso.

—¿A qué distancia? —preguntó.

—Unos quinientos metros.

—Vamos allá. La tercera unidad se retrasará de la columna doscientos metros.

Ahora el terreno era ligeramente mejor, sin tantas rocas diseminadas, que dificultaban la marcha de los blindados. El supertanque en cabeza, seguido del carro ligero a media distancia y más lejos el tercero, se lanzó hacia el punto señalado por el vigía.

—¿Existen otros grupos armados de la colonia, que luchen contra el enemigo?

—No. Sólo salieron Arranz y sus hombres.

—Entonces, debemos darnos prisa, si queremos salvar a los supervivientes. Los disparos provienen de esas rocas, en donde no se puede meter un supertanque. Los servidores de la Vieja Lola han debido abandonar su unidad y están refugiados en esos escarpados.

La buena marcha de las unidades blindadas permitió que en breves instantes estuvieran a simple vista del lugar donde se desarrollaba la batalla. Observaron cómo docenas de chinos huían, al descubrir su presencia, escabulléndose entre las rocas. Algunos se volvían para disparar sus automáticas contra los tanques, que no tardaron en responder a la agresión, produciendo de inmediato las primeras víctimas.

El tanque de mediano tonelaje se adelantó al «ST-150», por ser más maniobrable y despejó el campo de los últimos enemigos, haciéndoles huir más rápidamente o aniquilándolos con fuego de ametralladora. Sólo tuvo que efectuar un par de disparos con su cañón, cuando los núcleos de fugitivos eran densos y propicios para gastar en ellos proyectiles.

Silbersteim dispuso el despliegue de sus dos unidades pequeñas y ordenó al piloto de la suya que se acercara a los riscos. Movió el conmutador del altavoz exterior, tomó el micrófono y dijo:

—Habla el capitán Silbersteim, al mando de las unidades de ayuda, camaradas. El enemigo ha huido. Podéis salir de vuestros refugios —colgó el micrófono en su soporte y dijo al doctor Schmith —: Vamos a recibir a esos valientes.

Como presintiendo los deseos de su superior, cuando Silbersteim y el director bajaron del carro, un sargento y diez soldados les esperaban con las armas prestas y mirando desconfiadamente el horizonte y cada roca que les rodeaban. El sargento, un eslavo de imponente presencia, se acercó al capitán:

—No hay rastro del enemigo, señor.

—Bien, Yenemovich; pero no se confíe —asintió Silbersteim.

Se adelantó al ver que entre las rocas empezaban a bajar unos hombres que vestían uniformes de legionarios tanquistas. Quien llegaba al frente de ellos lo identificó en seguida, agitando el brazo derecho y sonriéndole ampliamente.

—¡César Arranz! Me parece que te he sacado de un buen lío, ¿eh? —le gritó cuando le tuvo a menos de diez metros. Corrió Silbersteim hacia él y le abrazó fuertemente. Luego, se estrecharon las manos, sonrientes y satisfechos.

—No has podido ser más oportuno, Silbersteim —dijo César.

—¿Tan mal te iban las cosas?

—Tuvimos que abandonar la Vieja Lola, con un recado para esos malditos, hace dos días. Creo que se llevó por delante a un buen montón de ellos; pero aún quedaron los suficientes para perseguirnos. Ayer nos descubrieron y por suerte pudimos hacernos fuertes en esas rocas. Pero ya no podíamos aguantar más. Apenas tenemos diez cartuchos cada uno y ni una gota de agua. Quedamos ocho ilesos y tenemos diez heridos. Será mejor que envíes por ellos. Uno de ellos no confío en que llegue vivo a Campamento.

Los hombres de Silbersteim socorrían a los de Arranz, dándoles agua y cigarrillos. A una orden de Silbersteim, Yenemovich y algunos soldados, además del sargento Carvhalo y dos hombres de su grupo, regresaron a las rocas para trasladar a los heridos. Tres de éstos, que se podían valer por sí mismos, ya acudían, renqueantes pero jubilosos.

Veinte minutos más tarde, con los heridos embarcados en el tanque mayor y los ilesos distribuidos en los menores, Silbersteim se acercó hasta Arranz, que conversaba con Schmith y a quien decía:

—Los chinos ya no representan un peligro serio para la colonia, director. Los que quedan no serán capaces de efectuar un ataque en regla contra nosotros. Pero más adelante quizá tengamos que cuidarnos de los sobrevivientes, quienes se acercarán a la colonia para robar y saquear. Será, empero, por poco tiempo, hasta que no quede uno en el planeta.

Y terminó contando la desaparición de la desviación del Enlace, que hacía prever que el bombardeo aliado contra el Everest había dado el resultado apetecido.

—Bueno, será mejor ir pensando en regresar —dijo Silbersteim —. No quisiera pasar la noche en el desierto. Si nos damos prisa, llegaremos a Campamento al anochecer.

Ayudaron al anciano director a subir al supertanque. Iba a hacerlo Arranz cuando Silbersteim le agarró por un brazo, diciéndole socarronamente:

—En mi cabina puedes asearte e incluso afeitarte esa barba de cuatro días, muchacho. Seguro que querrás volver a Campamento con mejor pinta que esa que tienes ahora. Cierto que a las mujeres les gustan mucho los héroes, pero más si están presentables.

César enarcó una ceja interrogadoramente.

—¿Qué quieres decir?

—Sube de una vez, demonios. Sólo sé que alguien, sin decirme quién era, me pidió, al partir de Campamento, que te llevara allí vivo.

César sonrió y dijo:

—Tienes razón. Me parece que voy a usar tu afeitadora.

CAPÍTULO X

AMANECÍA cuando César se incorporó del lecho, acercándose a la ventana. No hacía el menor ruido porque no quería despertar a Lucía, quien, medio envuelta por la sábana, dormía profundamente. Encendió un cigarrillo. Fumaba poco, pero ahora sentía la necesidad de hacerla.

Aún no le había dicho nada a ella, pero sabía que no podía permanecer por más tiempo en Centauro. Silbersteim había traído consigo armas suficientes para formar una compañía entre los colonos jóvenes, que defenderían los tres campamentos de las poco probables incursiones de los chinos que quedaban, si es que antes el desierto no los mataba de hambre y sed.

Las fuerzas blindadas debían regresar a la Luna, y de allí trasladarse a la Tierra, a seguir luchando. César sabía que, si salía de Centauro, nunca más regresaría. Ya no tenía justificación para estar allí. Un soldado profesional poco podía hacer en Centauro. Su cooperación, ahora que el peligro amarillo había desaparecido y era imposible que los chinos volvieran a establecer una nueva desviación del Enlace, resultaba nula.

Silbersteim había hablado con él al siguiente día de haberle rescatado, acerca del regreso. Ambos estaban de acuerdo en que tenían que regresar, que era su deber, aunque ambos, y por distintos motivos, pocos deseos tenían de hacerla.

Mientras fumaba, César miraba a Lucía. Sonrió con amargura. Ahora se habían vuelto a encontrar y comprendido mutuamente, desechando para siempre las estúpidas diferencias que les hacían incompatibles; pero tenían que separarse a causa de una fuerza mayor e insalvable. Cuando pudieron estar juntos y amarse, arrojaron tontamente por la borda la felicidad. Ahora que se habían

vuelto a encontrar, el destino, caprichoso y cruel, les separaba.

Silbersteim, sinceramente, le había confesado que no deseaba volver a la Tierra porque aquello iba a estallar un día u otro y las consecuencias no iban a ser nada agradables para los pocos supervivientes que quedasen. La convivencia durante el conflicto iba a resultar un juego de niños, comparada con la postguerra. La mayor parte de las instituciones cívicas estaban aniquiladas. Las industrias, exhaustas, dedicadas completamente a la producción de armamentos, difícilmente superarían la prueba. Los alimentos escaseaban y las reservas disminuían de forma alarmante. ¿Qué iba a quedar luego? Nada. Desastre, aniquilación y salvajismo.

Pero no tenían otra alternativa. El lugar de los guerreros estaba en el campo de batalla y no en el de labranza.

César se sentó en el alféizar de la ventana. El astro pronto saldría y de las viviendas surgirían los colonos, que ahora ya volvían a reír y estaban contentos porque se sabían a salvo. El tendría que dirigirse a Punto Dos, subir a la plataforma, dormir y despertar segundos después a cuatro años luz de distancia de su amada, en la estación de tránsito que era la Luna.

Estaba decidido a no decirle nada a Lucía, a marcharse de la habitación sigilosamente. La dejaría dormir. Las despedidas definitivas no eran de su agrado. Sólo conseguiría empeorar las cosas. Lucía ya había sufrido mucho, cuando él partió a la base china. Pero entonces, pese al peligro que corría, existía una remota esperanza de volver con vida. La Tierra representaba un viaje sin posible retorno a Centauro.

Miró la brasa de su cigarrillo. Apenas le quedaban dos chupadas. Cuando lo arrojara, se vestiría y marcharía. Por dos veces exhaló el humo, pensando que con él se iban sus últimos sueños de ser un poco feliz, de consumir el resto de sus años en paz, lejos del fragor de la lucha, de la sangre y del dolor. Sonrió a la colilla y miró a la calle para arrojarla. Entonces su mirada se posó en el cubo, en Punto Dos, que estaba situado al final de la calle. Se quedó perplejo.

Una sirena, que por primera vez funcionaba en Campamento y que sólo unos pocos hombres conocían su significado, esparció sus sones lúgubres durante unos pocos segundos. Algunas luces en las casas circundantes se encendieron y varias personas salieron a las calles. César miró en dirección a la vivienda del director. Le vio

salir de ella en pijama, corriendo como un desesperado hacia Punto Dos. Era inútil, pensó. Ya no podría detener lo que se había iniciado. ¿O debía decir terminado?

Lucía se agitó en el lecho. Soñolienta, alzó los brazos, buscando a César. El se reunió con ella y la besó.

—¿Qué era eso? Me pareció oír como una sirena de alarma —preguntó la mujer, volviendo a cerrar los ojos a continuación, dispuesta a caer de nuevo en el dulce sopor del amanecer.

—No era nada, mi amor. Duerme. Ella sonrió, confesando:

—Soñaba que nunca más te alejarías de mí... Se quedó dormida. César la besó en la frente, regresando a la ventana.

Miró de nuevo hacia Punto Dos. Cerca de allí se estaba congregando mucha gente. Dentro de poco, toda la colonia conocería la noticia. Todo el mundo miraba hacia el trazo de luz que ya no era denso y brillante como siempre lo había sido. Era triste y difícil de distinguir en la luminosidad del amanecer. El Enlace estaba roto. Schmith debía estar llorando, en aquel instante. Algo debió haber ocurrido en la Tierra o la Luna, que había provocado la desconexión. Los motivos tardarían en conocerlos, o nunca sabrían cuáles habían sido.

Pero aún, aunque de nada les serviría, seguirían recibiendo los restos de energía durante cuatro años emitidos desde Punto Uno. Iba a ser un recuerdo que duraría cerca de un lustro, un momento perecedero, que por ese tiempo les iba a decir que aún, con vida o no, la Tierra seguía flotando alrededor del Sol.

César sonrió con tristeza. Tal vez era el único hombre que sonreía en Centauro, aquel amargo amanecer. Pero sus razones eran muy diferentes a las de los demás. Egoístas, tal vez, pero tremendamente humanas.

FIN